Sophia

Revista Teosófica

Año IX.
Núm. 5.

SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO, GNOSTICISMO, KÀBBALAH, OCULTISMO

1.º DE MAYO DE 1901

SUMARIO

Páginas.

El poder del pensamiento, su dominio y cultura (continuación), por Annie Besant. 161
La Homeopatía y sus diluciones (continuación), por D. José Melián. 170
Conferencias Teosóficas de 1900 en la Universidad de Ginebra, por J. X. H. 181
El Teosofismo del poeta portugués Anthero de Quental, por Viriato Díaz-Pérez. 189
El Idilio del Loto Blanco (continuación). 193
Llamada de los buddhistas á todas las iglesias. 197
La fuente de la vida. 199

AVISO

La Redacción tratará de contestar, de la manera más satisfactoria posible, bien que por necesidad muy brevemente, todas las preguntas que se le dirijan dentro del espíritu de una investigación seria, ya sean éstas hechas por amigos ó por adversarios, y que se relacionen con los asuntos á que esta Revista se dedica.

ADMINISTRACIÓN:

MADRID: ATOCHA, 127 duplicado, y en BARCELONA, en la **Biblioteca Orientalista** y Centro de Publicaciones, *calle del Conde del Asalto, 63, 3.º, 1.ª*

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

España y Portugal................ *Un año 6 pesetas.*
Extranjero........................ » » 9 »
Números sueltos, 0,75 pesetas.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

EL PODER DEL PENSAMIENTO, SU DOMINIO Y CULTURA

(CONTINUACIÓN)

La Construcción y Evolución del Cuerpo Mental

El método por el cual la conciencia construye su vehículo, es de aquellos que deben comprenderse con toda claridad, porque cada día y hora de nuestra vida nos presenta oportunidades para aplicarlo á fines elevados. Despiertos y durmiendo estamos siempre edificando nuestros cuerpos mentales; pues cuando la conciencia vibra, afecta la substancia mental que la rodea, y cada vibración de la conciencia, aunque sólo sea debida á un pensamiento fugaz, atrae al cuerpo mental algunas partículas de materia mental al paso que expele otras. La materia circundante también ondula, sirviendo así de medio para afectar otras conciencias.

Ahora bien; lo delicado ó lo grosero de la materia que de este modo es apropiada, depende de la calidad de las vibraciones que la conciencia pone en acción. Pensamientos puros y elevados están compuestos de vibraciones rápidas, y sólo pueden afectar los grados sutiles de la materia mental. Los grados groseros permanecen insensibles porque no pueden vibrar con la rapidez necesaria. Cuando un pensamiento así hace vibrar al cuerpo mental, expélense de éste partículas de la materia más grosera, las cuales son reemplazadas por las partículas de grados más sutiles; y de este modo se forman mejores materiales en el cuerpo

P. O

Manuel Treviño

mental. De igual manera, los pensamientos bajos y malos atraen dentro del cuerpo mental los materiales más groseros, propios para su expresión, y estos materiales repelen y echan fuera las clases más finas.

De esta manera las vibraciones de la conciencia están siempre expeliendo una clase de materia y atrayendo otra. Y de esto se sigue, como consecuencia necesaria, que con arreglo á la clase de materia que hayamos construído en nuestros cuerpos mentales en el pasado, así será nuestra facultad para responder á los pensamientos que ahora nos llegan de afuera. Si nuestros cuerpos mentales están compuestos de materia sutil, los pensamientos groseros y malos no tendrán respuesta, y, por tanto, no pueden causarnos daño alguno, al paso que si están formados de materiales groseros serán afectados por cada pasajero pensamiento malo, permaneciendo insensibles á los buenos, de los que no recibe beneficio alguno.

Cuando nos ponemos en contacto con alguien cuyos pensamientos son elevados, sus vibraciones mentales, actuando en nosotros, despiertan vibraciones en aquella materia de nuestros cuerpos mentales que sea capaz de responder, y estas vibraciones perturban y hasta expelen alguna de aquella materia que es demasiado grosera para vibrar á ese alto grado de actividad. El beneficio, pues, que de él recibimos, depende en gran modo de nuestro propio pensar anterior, y nuestra «comprensión» de él, nuestra facultad de responder, está condicionada por nuestros cuerpos mentales. No podemos pensar el uno por el otro; él no puede pensar sino sus propios pensamientos, causando así las vibraciones correspondientes en la materia mental circundante, la cual actúa en nosotros, despertando en nuestros cuerpos mentales vibraciones simpáticas. Estas afectan la conciencia. El pensador externo sólo puede afectar nuestra conciencia despertando estas vibraciones en el cuerpo mental.

Pero no siempre sigue una comprensión inmediata á la producción de tales vibraciones causadas desde afuera. Algunas veces el efecto se asemeja al del sol, la lluvia y la tierra sobre la semillada enterrada en el suelo. En un principio no hay contestación visible á las vibraciones que actúan sobre la semilla; pero allí dentro hay un pequeñísimo estremecimiento de la vida que la anima, y este estremecimiento se hará más fuerte cada día, hasta que la vida en evolución rompe la corteza de la semilla y echa pequeñas raíces y brotes luego que se desarrolla. Así sucede con la mente. La conciencia vibra débilmente dentro de sí misma antes de poder dar una contestación externa á los choques que recibe; y cuando no somos aún capaces de comprender á un noble

pensador, hay, sin embargo, dentro de nosotros una vibración inconsciente, que es el predecesor de la respuesta consciente. Cuando nos alejamos de una gran presencia, nos encontramos un poco más próximos á la elevada vida pensante que de él fluye, que lo que lo estábamos anteriormente, y en nosotros se habrá apresurado el desarrollo de gérmenes de pensamiento, al paso que nuestras mentes habrán sido auxiliadas en su evolución. Así, pues, algo puede hacerse desde afuera que contribuya á la formación y evolución de nuestras mentes; pero la mayor parte tiene que provenir de las actividades de nuestra propia conciencia; y si queremos tener cuerpos mentales fuertes, bien vitalizados, activos, que puedan comprender los pensamientos más elevados que se nos presenten, debemos entonces trabajar con firmeza en pensar bien, pues somos nuestros propios constructores y moldeamos nuestras propias mentes.

Muchas personas son grandes lectores. Ahora bien; la lectura no forma la mente; sólo la construye el pensamiento. La lectura sólo es valiosa en el sentido de que proporciona material para pensar. Un hombre puede leer mucho, pero su desarrollo mental estará en proporción de la cantidad de pensamiento que emplea en la lectura. El valor para él del pensamiento que lee depende del uso que hace de él. A menos que no coja el pensamiento y trabaje en él, su valor será para él insignificante y pasajero. «La lectura completa al hombre», dijo Lord Bacon, y con la mente sucede lo que con el cuerpo. El comer llena el estómago; pero así como el alimento es inútil para el cuerpo si no se digiere y asimila, del mismo modo la mente puede llenarse con la lectura, pero á menos de que haya pensamiento, no hay asimilación de lo que se lee, y la mente no se desarrolla con ello; peor aún, es posible que sufra por estar sobrecargada, y que más bien se debilite que fortalezca bajo el peso de ideas no asimiladas.

Debemos leer menos y pensar más, si queremos que nuestras mentes crezcan y que nuestra inteligencia se desarrolle. Si tenemos verdadero interés en cultivar nuestras mentes, deberemos emplear á diario una hora en el estudio de algún libro serio y transcendental, y por cada cinco minutos de lectura pensar diez, y así durante toda la hora. El modo usual es leer rápidamente durante todo el tiempo, y luego poner el libro á un lado hasta que llega otra vez la hora de lectura. De aquí que la gente desarrolle poco el poder del pensamiento.

Una de las cosas más marcadas en el movimiento teosófico es el desarrollo mental que se observa año tras año en sus individuos. Esto se debe en gran parte al hecho de que se les enseña la naturaleza del

pensamiento; principian á comprender un poco sus funciones, y se dedican á construir sus cuerpos mentales en lugar de dejarlos que se desarrollen por el proceso natural no ayudado. El estudiante ansioso de crecimiento debe determinarse á no dejar pasar un solo día en el cual no lea por lo menos cinco minutos, y dedique diez á pensar con todo interés en lo que ha leido. Al principio encontrará el esfuerzo pesado y trabajoso, y descubrirá la debilidad de su poder pensante. Este descubrimiento señala su primer paso, pues es mucho descubrir la propia impotencia para pensar consecutivamente y con ahinco. Las personas que no pueden pensar, pero que se imaginan que pueden, no hacen grandes progresos. Es mejor conocer la propia debilidad que imaginarse ser fuerte cuando se es débil. Gradualmente el poder del pensamiento crece, se llega á dominar y á poderlo dirigir á fines definidos. Sin este pensar, el cuerpo mental seguirá formado con flojedad y sin organizar; y mientras no se adquiera concentración—la facultad de fijar el pensamiento en un punto definido—el poder del pensamiento no se ejercitará nada.

CAPÍTULO III

Transmisión del pensamiento

Todo el mundo, hoy en día, quisiera practicar la transmisión del pensamiento, y sueña con el placer de comunicarse con algún amigo ausente, sin ayuda del telégrafo ó del correo. Muchos creen que pueden verificarlo con poco esfuerzo, y se sorprenden extraordinariamente cuando fracasan en absoluto en sus intentos. Sin embargo, es cosa clara que es necesario poder pensar antes de poder transferir el pensamiento, y que hay que poseer algún poder de pensar con fijeza á fin de enviar una corriente de pensamiento á través del espacio. Los pensamientos débiles y vacilantes de la mayor parte de la gente sólo causan trémulas vibraciones en la atmósfera del pensamiento, por estar dotadas de la más infima vitalidad, y aparecen y desaparecen á cada minuto sin construir formas definidas. Una forma de pensamiento tiene que ser claramente modelada y bien vitalizada para poderse enviar en cualquiera determinada dirección, y lo bastante fuerte para producir, al llegar á su destino, un duplicado de sí misma.

Hay dos métodos de transmisión de pensamiento: uno que pudiera distinguirse como físico y el otro como psíquico; uno perteneciente al cerebro lo mismo que á la mente, y el otro solo á esta última. Un pen-

samiento puede ser generado por la conciencia, causar vibraciones en el cuerpo mental, luego en el astral, hacer surgir ondas en el etéreo y luego en las moléculas densas del cuerpo físico; estas vibraciones cerebrales afectan el éter físico, cuyas ondas marchan hasta llegar á otro cerebro, en cuyas partes, densa y etérea, despiertan vibraciones. Este cerebro receptor causa vibraciones en el cuerpo astral, y luego en el mental con él ligados, y las vibraciones en el cuerpo mental despiertan el estremecimiento respondiente en la conciencia. Tales son las muchas estaciones del arco que recorre un pensamiento. Pero este recorrido de arco no es necesario. La conciencia puede, al causar vibraciones en su cuerpo mental, lanzar estas vibraciones directamente al cuerpo mental de la conciencia receptora, evitando así la vuelta que se ha descrito.

Veamos lo que sucede en el primer caso.

Hay en el cerebro un pequeño órgano, la glándula pineal, cuyas funciones son desconocidas de los psicólogos occidentales, y del cual éstos no se ocupan. Es un órgano rudimentario en la mayor parte de la gente, pero que está evolucionando, no retrogradando, siendo posible apresurar su evolución hasta que llegue al estado en que pueda ejercer la función que le es propia, y la cual ejecutará en todos en el porvenir. Es el órgano para la transmisión del pensamiento tanto como los ojos lo son de la visión y el oído del oir.

Si alguien piensa intensamente en una sola idea, con concentración y atención sostenida, llegará á sentir un ligero estremecimiento ó sensación de hormigueo en la glándula pineal. El estremecimiento tiene lugar en el éter que compenetra la glándula, y causa una ligera corriente magnética que ocasiona la sensación de hormigueo en las moléculas densas de la glándula. Si el pensamiento es bastante fuerte para causar la corriente, entonces el pensador sabe que ha conseguido que su pensamiento llegue á un punto de penetración y fuerza que lo hace capaz de ser transmitido.

La vibración del éter en la glándula pineal ocasiona ondas en el éter circundante semejantes á ondas de luz, solo que mucho más pequeñas y más rápidas. Estas ondas se transmiten en todas direcciones poniendo el éter en movimiento, y estas ondas etéreas, á su vez, producen ondulaciones en el éter de la glándula pineal de otro cerebro, y de éste son transmitidas al cuerpo astral y al mental en sucesión regular, llegando de este modo á la conciencia. Si esta segunda glándula pineal no puede reproducir estas ondulaciones, entonces el pensamiento pasará desapercibido, sin hacer impresión, lo mismo que las ondas de luz no impresionan el ojo de una persona ciega.

En el segundo método de transmisión del pensamiento, el pensador, después de crear una forma de pensamiento en su propio plano, no lo hace descender al cerebro, sino que lo dirige inmediatamente á otro pensador en el plano mental. La facultad de hacer esto de un modo deliberado, implica una evolución mental mucho más elevada que el método físico de transmisión; pues el emisor necesita tener conciencia propia en el plano mental, á fin de poder practicar á sabiendas este poder.

Pero tal poder se ejercita constantemente por todos nosotros de un modo indirecto é inconsciente, puesto que todos nuestros pensamientos causan vibraciones en el cuerpo mental, las cuales, dada la naturaleza de las cosas, tienen que propagarse al través de la substancia mental circundante. Y no hay razón para limitar el término transmisión del pensamiento á la transmisión consciente y deliberada de un pensamiento particular de una persona á otra. Todos nos estamos afectando continuamente unos á otros por estas ondas del pensamiento, puestas en acción sin intención definida, y lo que se llama opinión públíca es en gran modo creada de esta manera. La mayor parte de la gente piensa en determinado sentido, no porque hayan pensado cuidadosamente un asunto y llegado á una conclusión, sino porque un gran número de personas piensan así y arrastran á las demás. El pensamiento potente de un gran pensador pasa al mundo del pensamiento y es recogido por mentes receptivas y respondientes. Estas reproducen sus vibraciones, y de este modo fortalecen la oleada de pensamiento, afectando á otros que habían permanecido sin responder á las ondulaciones originales. Estas, contestando á su vez, aumentan aún más la fuerza de las ondas, las cuales con esta mayor potencia afectan grandes masas de gente.

La opinión pública, una vez formada, ejerce gran dominio sobre las mentes de la gran mayoría, chocando incesantemente en todos los cerebros y despertando en ellos ondulaciones respondientes.

Hay también ciertos modos nacionales de pensar, canales definidos y profundos que resultan de la continua reproducción durante siglos de pensamientos semejantes, que provienen de la historia, de las luchas y de las costumbres de una nación. Estos canales modifican y dan colorido especial á todas las mentes nacidas en la nación, y todo lo que viene de afuera de la misma es cambiado por aquel grado de vibración nacional. Todos los pensamientos que nos llegan del mundo externo, son modificados por nuestros cuerpos mentales, y cuando los recibimos percibimos sus vibraciones, con más nuestras propias vibraciones normales — una resultante — y lo mismo sucede con las naciones, al recibir impresiones de otros países, las reciben igualmente modificadas

por su propio grado de vibración nacional. De aquí que los ingleses y franceses, los ingleses y los boers ven los mismos hechos, pero añaden á ellos sus propias preocupaciones, y con toda buena fe se acusan mutuamente de falsificar los hechos y de practicar una conducta impropia. Si esta verdad y su existencia inevitable fuesen reconocidas, muchas reyertas internacionales se suavizarían más fácilmente que lo que ahora sucede, muchas guerras se evitarían, y las que se entablan terminarían con más facilidad. Entonces cada nación reconocería lo que se llama á veces «la ecuación personal», y en lugar de censurar á la otra su diferencia de opinión, cada una buscaría el término medio de la contraria, sin insistir por completo en la suya propia.

La cuestión perfectamente práctica para el individuo que plantea este conocimiento de tal continua y general transmisión del pensamiento es: ¿Cuánto bueno puedo ganar y evitar de malo, viendo que tengo que vivir en una atmósfera mezclada, donde oleadas de pensamiento buenas y malas están en actividad y chocando contra mi cerebro? ¿Cómo preservarme contra las transmisiones de pensamientos dañosos, y cómo aprovecharme de los benéficos? El conocimiento del modo como obra el poder de selección, es de vital importancia.

Cada hombre es la persona que más constantemente afecta su propio cuerpo mental. Otros lo afectan ocasionalmente, pero él lo hace siempre. El orador á quien oye, el autor cuya obra lee, afectan su cuerpo mental. Pero ellos son incidentes en su vida, al paso que él es el factor principal. Su propia influencia en la composición del cuerpo mental, es mucho más potente que la de cualquier otro, y él mismo fija el grado de vibración normal de su mente. Los pensamientos que no armonizan con ese grado son rechazados cuando tocan la mente. Si un hombre piensa verdad, una mentira no se hace sitio en su mente; si piensa amor, el odio no puede turbarle; si piensa sabiduría, la ignorancia no puede paralizarle. Sólo en esto está la salvación, el poder verdadero. No debe permitirse que la mente permanezca como terreno labrado vacío, porque entonces cualquier semilla de pensamiento puede arraigar en él y desarrollarse; no debe permitirse que vibre como quiera, porque esto significa que responderá á cualquier vibración que pase.

En esto consiste la lección práctica. El hombre que la practique encontrará pronto su valor, y descubrirá que por el pensar, la vida puede hacerse más noble y dichosa, y que es una verdad que por la sabiduría podemos poner fin al dolor.

Los Principios del Pensamiento

Pocos, fuera del círculo de los estudiantes de psicología, se han preocupado gran cosa respecto de la cuestión de «cómo se origina el pensamiento». Cuando venimos al mundo nos encontramos en posesión de una gran masa de pensamiento ya formada, un gran acopio de lo que se llama «ideas innatas.» Estas son conceptos que traemos con nosotros al mundo, son los resultados condensados ó resumidos de nuestras experiencias en vidas anteriores á la presente. Con este acopio mental de qué disponer principiamos nuestras transacciones en esta vida, y el psicólogo nunca puede estudiar por la observación directa los principios del pensamiento.

Puede, sin embargo, aprender algo, observando al niño; pues asi mismo como el nuevo cuerpo físico recorre en la vida prenatal la larga evolución física del pasado, así el nuevo cuerpo mental atraviesa rápidamente los grados de su largo desarrollo. Si se observa atentamente á un niño, se verá que las sensaciones — respuesta á los estimulos por sentimientos de placer ó de dolor, y primitivamente por los últimos — preceden á toda señal de inteligencia. Antes del nacimiento, el niño fué sostenido por las fuerzas de vida que fluían á través del cuerpo de la madre. Al entrar en una existencia independiente, éstas son excluídas. La vida se exhala del cuerpo y ya no se renueva; á medida que disminuyen las fuerzas vitales, siéntese la necesidad, y esta necesidad es dolor. La satisfacción de tal necesidad procura quietud y placer, y el niño vuelve á caer en la inconsciencia. Al poco tiempo la vista y el sonido despiertan sensaciones, pero todavía no se presenta ninguna señal de inteligencia. La primera que aparece es cuando la presencia ó la voz de la madre ó de la nodriza se relaciona con la satisfacción de la siempre recurrente necesidad, con el placer que proporciona el alimento; el enlace de un objeto externo con la sensación causada por el mismo, es la primera impresión de la inteligencia, el primer pensamiento, técnicamente una percepción. La esencia de esto es el establecimiento de una relación entre una conciencia, un Jîvâtmâ, y un objeto, y donde quiera que se establece esa relación, el pensamiento existe.

Este hecho sencillo y siempre comprobable, puede servir como un ejemplo general del principio del pensamiento en un Yo separado; en tal Yo separado las sensaciones preceden á los pensamientos; la atención del Yo se despierta por la impresión que se hace en él y al que responde con un sentimiento. El sentimiento macizo de

la necesidad, debido á la disminución de la energía vital, no despierta por sí mismo el pensamiento; pero esta necesidad es satisfecha por el contacto de la leche que causa una impresión local definida, impresión seguida por un sentimiento de placer. Después que esto se ha repetido muchas veces, el Yo se asoma al exterior, vagamente, á tientas; al exterior á causa de la dirección de la impresión que ha venido de afuera. La energía de la vida fluye de este modo al cuerpo mental y lo vivifica, de suerte que refleja — en un principio débilmente — el objeto que, al ponerse en contacto con el cuerpo, ha causado la sensación. Esta modificación en el cuerpo mental, repetida una y otra vez, estimula al Yo en su aspecto del conocer y vibra en correspondencia. El ha sentido necesidad, contacto, placer, y con el contacto una imagen se presenta, siendo afectada la vista lo mismo que los labios, dos impresiones de los sentidos que se mezclan. Su naturaleza propia inherente enlaza juntos los tres, la necesidad, la imagen-contacto y el placer, y este enlace es pensamiento. Mientras que así no responda, no existe allí pensamiento alguno; el Yo es el que percibe, no ningún otro inferior.

Esta percepción particulariza el deseo, que cesa de ser un vago anhelo por algo, y se convierte en un deseo definido por una cosa especial: la leche. Pero la percepción necesita revisión, pues el Conocedor ha asociado tres cosas, y una de ellas tiene que ser separada: la necesidad. Es significativo que en una etapa primitiva la vista de la nodriza despierte la necesidad; es el Conocedor despertando la necesidad cuando aparece la imagen con aquélla asociada; el niño, que no tiene hambre, llorará por el pecho al ver á la madre, más tarde esta errónea relación se rompe, y la nodriza es asociada con el placer como causa, y vista como el objeto de placer. El deseo hacia la madre se establece de este modo, y luego se convierte en otro estimulo del pensamiento.

ANNIE BESANT.

(Se continuará).



LA HOMEOPATÍA Y SUS DILUCIONES

(CONTINUACIÓN)

En nuestro artículo anterior tratamos de demostrar el *por qué* de la acción terapéutica de las diluciones del sistema homeopático, y ofrecimos ocuparnos en el presente del *cómo* entendemos que tal acción se produce. Pero antes de entrar en la materia de tal segunda fase de nuestro pobre trabajo, creemos oportuno hacer un sucinto resumen de las conclusiones á que llegamos en aquella primera parte, á fin de que nuestros lectores puedan seguir mejor el hilo de nuestra argumentación; he aquí lo que hemos pretendido demostrar en aquel primer escrito:

1.° Que las *dosis infinitesimales* de substancia medicinal, á las que la generalidad de los homeópatas atribuyen la acción terapéutica, *no existen* ni pueden existir más allá de la dilución 12 ó la 13, y que aun para éstas habría que presuponer una división *práctica molecular* de la substancia — lo cual no es admisible porque todos los cuerpos compuestos se transforman por la subdivisión en otros cuerpos —, y después de admitido esto, aumentar diez millones de veces la mayor subdivisión molecular calculada por la Ciencia, probándose *matemáticamente* que con todo ello sólo correspondería á cada gota de alcohol de la dilución 13 *una trigésima parte de molécula* de la substancia medicamentosa.

2.° Que la aparente presencia de la materia medicinal que el espectroscopio revela en las altas diluciones, no pueden, pues, tener otro origen que la vibración que constituye la *fuerza dinámica* ó principio activo de la substancia empleada, transmitida al vehículo neutro, el cual refleja en el espectroscopio el rayo característico de la vibración que externamente le anima; hecho que demuestra la verdad científica filosófica de la afirmación de los antiguos — que las eminencias científicas modernas principian á admitir — de que la materia es primordialmente *una*, ó sea homogénea y no diferenciada, y que lo que constituye la diversidad de los cuerpos no es más que su disposición atómica

y molecular, que se traduce en la vibración especial que constituye su fuerza dinámica ó principio activo característico.

3.° Que siendo doctrina fundamental homeopática, asentada por Hahnemann y admitida por todo homeópata como base de la eficacia de las diluciones, que la acción terapéutica del medicamento radica únicamente en el principio activo del mismo, dinamizado por los sacudimientos y electrización que se supone desarrolla el proceso de las diluciones, es una aberración atribuir esa acción terapéutica á una subdivisión *práctica indefinida* de la substancia medicamentosa, á pretendidas dosis *infinitesimales* de materia, científica y matemáticamente inadmisibles más allá de las primeras diluciones; y que, por tanto, debe presuponerse la presencia del principio activo del medicamento en el vehículo, independientemente de la materia generadora.

4.° Que tal sencillo y racional principio es perfectamente admisible y científico, porque estando archiprobado el hecho de la transmisión y asimilación de la vibración mental misma (el pensamiento) cuando se da el caso de una mente positiva (activa) y de otra receptiva (neutra), ejemplo, el hipnotizador y el sujeto, nada tiene de imposible sino que más bien es lógica deducción, que igual hecho se verifique en los planos más materiales de los cuerpos cuando unos son activos y otros neutros.

5.° Que admitido tal principio, cesa de ser maravilla misteriosa, apenas concebible, la acción terapéutica de las diluciones homeopáticas, por cuanto en ellas se encuentra con toda su potencia, dinamizada y sutilizada, el principio activo del medicamento, independiente de la substancia generadora, que ha desaparecido felizmente eliminada por el procedimiento de las diluciones, quedando así explicado y patentizado en toda su sencillez el *por qué* de la acción terapéutica de las diluciones del sistema homeopático.

Pasemos ahora á tratar del *cómo* funciona la fuerza dinámica de los medicamentos en el organismo animal; pero este aspecto de la cuestión es mucho más complejo que el anterior, porque entraña varios problemas no resueltos aún por completo por la Ciencia, por más que no pasen de ser enseñanzas elementales ocultistas, y que nos atrevemos á abordar con la esperanza de poderles dar una solución en cierto modo científica, esto es, con los mismos conocimientos adquiridos por la Ciencia en el campo de sus investigaciones, de sus teorías y de sus experimentos. Así, pues, para mayor claridad en la exposición de nuestra tesis, dividiremos nuestro trabajo en secciones, la primera de las cuales denominaremos:

Cómo ejercita su acción el principio activo de los medicamentos

En primer lugar expondremos los principios que asienta Hahnemann, y en los cuales comulgan la generalidad de sus partidarios, que tomamos de un curioso libro, *Comment on devient Homœopathe*, del eminente homeópata Doctor Alfonso Teste, cuya interesante lectura recomendamos particularmente á los alópatas. Dice Hahnemann:

En el estado de salud, la fuerza vital que anima dinámicamente la parte material del cuerpo, ejerce un poder ilimitado. Ella conserva todas las partes del organismo en una admirable armonía vital desde el aspecto del sentimiento y de la actividad, de suerte que el espíritu dotado de razón que reside en nosotros, puede libremente emplear estos instrumentos vivos y sanos para alcanzar el objeto elevado de nuestra existencia. (*Organon*, pág. 110.)

El organismo material imaginado sin fuerza vital, no puede sentir ni obrar, ni hacer nada para su propia conservación. Sólo al ser inmaterial que lo anima en el estado de salud y de enfermedad, es á quien debe el sentimiento y el cumplimiento de sus funciones vitales. (*Organon*, pág. 108.)

Cuando el hombre enferma, esta fuerza espiritual, activa por sí misma, y presente en todas partes en el cuerpo, es desde luego la única que se resiente de la influencia dinámica del agente hostil á la vida. Sólo ella, después de ser perturbada por esta percepción, puede procurar al organismo las sensaciones desagradables que experimenta, é impulsarle á las acciones insólitas que llamamos enfermedad. Siendo invisible por sí misma, y sólo reconocible por los efectos que produce en el cuerpo, esta fuerza no expresa ni puede expresar su perturbación sino por medio de una manifestación anormal, en la manera de sentir y obrar de la porción del organismo asequible á los sentidos del observador y del médico, por los síntomas de la enfermedad. (*Organon*, pág. 109.)

En resumen, que la enfermedad radica en el Principio Vital, y que los síntomas que se manifiestan en el organismo no son más que el fiel reflejo de la perturbación (¿afección morbosa? *sic*) de la fuerza vital.

El Doctor Teste (como la generalidad de sus colegas) parece aceptar estos principios, y presupone que la fuerza vital debe ser un algo perfectamente abstracto, algo así como «la fuerza que anima la piedra una vez lanzada al espacio», ó «como la fuerza compleja que determina la evolución de los globos celestes», etc.

¡Oh *espiritualidad* de las inteligencias científicas, cómo materializais aquello mismo que queréis elevar á la última potencia espiritual!

No conocemos herejía filosófica de mayor calibre que la que impli-

can estos asertos de Hahnemann. Que la Vida, la fuente y esencia íntima de la salud, sea el único origen, la única responsable de las enfermedades, es lo mismo que concebir la idea de la Divinidad ó Espiritualidad, como único origen y causante de las pasiones, vicio y desmoralización del aspecto materia, ó lo que es lo mismo, que las enfermedades morales que padecemos los hombres, no son más que el reflejo fiel de las perturbaciones que atormentan (sobre todo en la época presente) á la Espiritualidad ó la Divinidad en su esencia propia. Que la vida, esa fuerza que se quiere imaginar como una pura abstracción, sufra en sí misma perturbaciones que se traducen en enfermedades, es un concepto que demuestra que la filosofía de Hahnemann y colegas no ha trascendido jamás la materia bruta, y que cuando querían remontar el vuelo, sus alas mentales sobrecargadas de materialidad, no podían trascender la región de un concepto que sólo da como resultante una especie de fluído de naturaleza orgánica. Esto implica que los homeópatas y los alópatas son igualmente materialistas, y que sólo les diferencia la cantidad de materia, no la clase; de aquí el apego á las pretendidas dosis infinitesimales.

Fúndase esta tesis de Hahnemann, en que atribuyendo la virtud terapéutica al principio activo del medicamento, ó sea á su fuerza dinámica, esta fuerza no puede tener acción sino sobre otra fuerza dinámica, y no viendo otra que el Principio Vital, encontró lógico que éste fuese el que enfermase y curase y que el organismo material no hiciese más que reflejar fielmente esos estados.

Y sin embargo, Hahnemann pone, por decirlo así, el dedo en la llaga, al hablar de una fuerza dinámica *hostil*, extraña al organismo, que ataca al Principio Vital, ataque que determina la perturbación de éste y que el organismo refleja con lo que se llama enfermedad.

Realmente, lo más sencillo hubiese sido atenerse á los hechos visibles y tangibles, en lugar de teorizar corriendo por los cerros de Úbeda, llegando á conclusiones tan antifilosóficas como las expuestas. Pero dejemos la palabra al Doctor Teste, quien completa la explicación del problema iniciado en la teoría de Hahnemann, que se da en el párrafo anterior, pero tan inconscientemente como éste:

Pero se dirá: ¿quién os asegura que la fuerza vital, privilegio exclusivo de los seres organizados, no es la resultante de las fuerzas inherentes á las moléculas inorgánicas de que están compuestos esos seres? ¿Quién os asegura, en una palabra, que la vida orgánica, dado el tipo, sea otra cosa que una transformación variable y complicada de la afinidad atómica? Lo que me lo

asegura es la experiencia. Las fuerzas inherentes á la materia inorgánica, la pesantez, la adhesión, las afinidades moleculares existen lo mismo en el hombre vivo que en el cadáver. ¿Por qué, entonces, no obran ellas lo mismo en el hombre vivo que en el cadáver que en tan poco tiempo disuelven? Por la razón de que en el hombre vivo están neutralizadas y dominadas por un poder de un orden superior, del cual son antagonistas, pero antagonistas subordinadas; poder que no es otro que la vida individual misma, ó dicho de otro modo, la fuerza vital.

De acuerdo. Y he aquí el organismo humano y todo organismo animal, por consiguiente, presentado á modo de un Estado ó Reino compuesto de pequeñas vidas ó fuerzas y regido por una fuerza superior á la que están *normalmente* en absoluto subordinadas. Considérese el cuerpo humano desde el punto de vista de este símil; considérense las diferentes partes y órganos del cuerpo como otros tantos Departamentos, Regiones ó como se les quiera denominar, cada uno de ellos cumpliendo funciones diferentes, pero todas relacionadas y ligadas entre sí, para dar en conjunto la resultante de la manifestación perfecta de la Vida en el mundo físico, la cual á su vez sirve, con su buen funcionamiento, los fines de una fuerza aun superior á ella, que en el hombre se llama propiamente Conciencia Individual Evolutiva, y vulgarmente alma; considérese, repetimos, el cuerpo humano bajo este concepto, y se tendrá una idea muy aproximada de la realidad. En lo que no estamos del todo de acuerdo con el Doctor Teste, es en considerar á las pequeñas vidas como antagonistas del Poder Regente, la fuerza vital individual; pues si cuando les falta la acción dominante y directriz de su Señor se desordenan y perturban y se convierten en fuerzas destructoras, no implica necesariamente que sea por antagonismo, sino que ellas por sí solas no son capaces de hacer funcionar la maravillosa y complicadísima máquina del organismo animal, patentizando así la existencia de una fuerza superior independiente de ellas. Y esta fuerza superior impone á cada agrupación el perfecto cumplimiento de sus funciones; pero así como hasta entre los hombres mismos se introduce la anarquía, el desorden y la destrucción donde falta la fuerza de las leyes reguladoras y directrices de un Poder Superior, asimismo estas pequeñas vidas, cuando por cualquier contingencia dejan de sentir en todo ó en parte la fuerza directora del Poder Supremo, se desordenan y perturban y cumplimentan mal las funciones que les están encomendadas.

Hahnemann considera que la enfermedad es ocasionada por una fuerza dinámica hostil que ataca al Principio Vital mismo; nosotros, más positivistas en este punto, encontramos mucho más racional y verda-

dero aceptar los hechos tal como se manifiestan, y en los hechos vemos que esa fuerza dinámica hostil que se presenta ya en forma de microbios ó ya de otro modo más ó menos sutil, ataca el organismo, invade uno ó más departamentos ó regiones del Imperio regido por el Principio Vital, y lo invade no con el solo objeto de hacer daño, pues esto es una particularídad que sólo es propia de una parte del reino animal humano, sino indudablemente con el fin de vivir y desarrollarse en un medio donde encuentra condiciones propicias.

¿Qué sucede entonces? La consecuencia es lógica: aquella fuerza intrusa interrumpe ó coarta la acción reguladora del Principio Vital, introduce la confusión y el desorden en aquella región y las pequeñas vidas que allí funcionaban, trabajando á un determinado fin, cumplen mal ó no cumplen nada su misión armónica, y actúan á los fines de la fuerza intrusa que más ó menos las domina entonces.

Creemos que esta teoría es más racional y está más en armonía con los hechos que aquella que supone á la fuerza hostil atacando en su *esencia* misma al Principio Vital, perturbándolo y, como consecuencia, *reflejándose en el organismo* ese estado de perturbación que entonces padece ese principio que, según el Doctor Teste, á fuerza de ser espiritual y abstracto, se escapa á la concepción racional humana, pero que no por eso es menos evidente en su existencia y poder efectivos.

Habiendo considerado cómo se origina la enfermedad, pasemos ahora á considerar cómo se verifica la curación, ó sea cómo actúa el medicamento.

Hahnemann y los que comulgan estrictamente en sus doctrinas, creen que el principio activo medicinal hace reaccionar al Principio Vital mismo, el cual refleja esta reacción en el organismo, así como reflejó su estado perturbado. Nosotros, en cambio, aceptamos como intrínsicamente verdad era la opinión más vulgarizada entre médicos y pacientes, de que el medicamento ayuda á la Naturaleza (que aquí es el Principio Vital) á vencer á la enfermedad y recuperar la regularidad de sus funciones. Esto es, ni más ni menos, en nuestro concepto, lo que realmente sucede, y he aquí cómo entendemos que se verifican los hechos.

El principio activo del medicamento, ó sea la fuerza dinámica auxiliadora, opera, efectivamente, como asienta Hahnemann, sobre otra fuerza dinámica, sólo que ésta no es, como él presupone, el Principio Vital, sino la fuerza dinámica hostil, la fuerza intrusa invasora de los dominios del Principio Vital. Este, al ser invadido su reino, en el que impera como señor absoluto, lucha enérgicamente por expeler ó destruir á su enemigo, y muchas veces lo consigue por sí solo sin auxilio

de nadie; más aún: se da con frecuencia el caso de que vence á dos enemigos á la vez, ó sea á la fuerza invasora y á la fuerza auxiliar de ésta, que á veces propina el médico que se equivoca, y que en lugar de ayudar á la Vida, coadyuva á los estragos del mal que trata de combatir.

Es el Principio Vital una fuerza en verdad inteligente; es el instinto mismo que se manifiesta en los irracionales y que con su sabiduría maravilla á la inteligencia humana. Entre otros muchos hechos pruébalo la conducta de los animales, que al sentirse enfermos buscan y se propinan, con una seguridad que quizá ningún médico supera, el medicamento vegetal ó mineral adecuado; y como este es un hecho por todos sabido, demás está insistir en él. En este caso el Principio Vital no se administra á sí mismo un remedio por conducto del organismo para recuperar su normalidad y devolver la paz y armonía á su Imperio, sino que simplemente se procura un auxiliar, un instrumento ó arma, más ó menos poderosa, para vencer á su enemigo; y el médico, cuando acierta, no hace otra cosa que proporcionar á la Vida ese mismo elemento ó arma que ella por sí suele procurarse cuando reina absoluta en el organismo y su inteligencia no está anulada por esa otra fuerza superior ó ella que se denomina inteligencia humana.

Ahora bien, la doctrina homeopática afirma, y nosotros comulgamos por completo en ella, que el medicamento cura sólo cuando es perfectamente homeopático á la enfermedad, esto es, por el principio de *Similia similibus curantur;* en este punto hay acuerdo unánime entre los partidarios del sistema, pero no sucede lo mismo en cuanto al modo de obrar del principio activo del medicamento.

Opina Hahnemann que esta fuerza dinámica del medicamento produce una enfermedad temporal artificial en el organismo, más fuerte que la enfermedad natural, á la cual, por tanto, reemplaza, quedando curado el enfermo cuando cesa la enfermedad artificial; y á este supuesto fenómeno lo llama *agravación medicamentosa.*

Por supuesto, siguiendo la teoría del padre de la homeopatía moderna, esta agravación medicamentosa y sus consecuencias deben tener originalmente lugar en el Principio Vital mismo, el cual refleja en el organismo todas las impresiones que recibe.

Y en estos momentos se nos viene en mientes la teoría hermética que hemos apuntado en nuestro anterior escrito, y nos preguntamos si el ilustre Hahnemann, conocedor de esa teoría y creyéndola acertada, no la habrá aceptado y hecho propia; pues recordaremos al lector que el aserto hermético era que los medicamentos tenían dos acciones: una

material (ó sea la acción química), que obraba sobre el cuerpo, y otra dinámica, que *obraba sobre la Vida*, y que siendo la fuerza dinámica la única beneficiosa, aconsejaban su separación de la materia generadora, operación que obtenían por no sabemos qué métodos.

No queremos rebajar un ápice de la gloria del gran Hahnemann; creemos firmemente que la teoría homeopática moderna fué un redescubrimiento propio suyo, y en nada puede mermar su mérito el que se apropiase, para completar detalles secundarios, teorías depreciadas y olvidadas de puro viejas, y les diese nueva vida y carácter propios. De todos modos, la coincidencia es sorprendente; pero si Hahnemann conocía la teoría hermética y se la apropió como buena, se equivocó lamentablemente en su interpretación, pues los herméticos, que eran ocultistas y conocían, por tanto, la constitución del hombre, velaban con el nombre de *Vida* el conocimiento, antes esotérico, del *vehículo* de la Vida. Pero esto es asunto que trataremos en momento oportuno bajo la denominación que le corresponde, y ahora sólo nos limitaremos á manifestar, para hacer la *coincidencia* más chocante, que si Hahnemann hubiese aplicado su teoría al *vehículo* del Principio Vital en lugar de á éste, entonces, en nuestra opinión, tal teoría hubiese sido perfectamente exacta.

Pero volviendo á la hipótesis de Hahnemann sobre la agravación medicamentosa, el doctor Alphonso Teste la rechaza absolutamente como falsa, y prueba su falsedad, no sólo con argumentos de grandísimo peso, sino con la exposición de varios experimentos y casos prácticos, que sentimos no poder reproducir por su extensión, pero que el lector que en ello tenga interés puede estudiar por sí mismo en la mencionada obra *Comment on devient Homœopathe.*

Concluye el Doctor Teste exponiendo una serie de considerandos como resumen de sus casos prácticos y argumentos, y como resultante, termina afirmando:

1.° Que la teoría de la sustitución de la enfermedad natural por la enfermedad medicamentosa, no fundándose más que en una hipótesis desmentida por los hechos, es una teoría falsa.

2.° Que en todos los casos en que el medicamento es exactamente homeopático á la enfermedad, sobre todo si no ha sido administrado en dosis excesivas, la agravación medicamentosa es una pura quimera.

Explica luego el Doctor Teste que el fenómeno impropiamente designado bajo el nombre de agravación medicamentosa, y que todos los médicos han podido comprobar muchas veces, se verifica por razón de que el medicamento que se administra, no siendo perfectamente ho-

meopático á la enfermedad, produce independientemente de los síntomas preexistentes, por un tiempo más ó menos limitado y con intensidad variable, los síntomas que le son propios, cuya circunstancia se ha traducido erróneamente por agravación medicamentosa.

El Doctor Teste, al refutar de este modo la teoría de Hahnemann, no la reemplaza con otra más acertada, sino que se limita á probar su falsedad; pero esto no obstante, nosotros desde luego opinamos como él, no porque lo hayamos comprobado prácticamente como el Doctor Teste, sino sencillamente porque encontramos su explicación satisfactoria en las leyes de la naturaleza.

Es una ley comprobada, que así como dos fuerzas perfectamente homogéneas se suman y se convierten en una sola, así mismo dos fuerzas heterogéneas, que produzcan idénticos efectos en un mismo medio, son perfectamente antagonistas ó *antídotas*, y por tanto, se destruyen ó anulan siempre que se encuentren en ese medio.

Esta ley tiene su origen en una de las tres funciones — á que nos hemos referido en la nota que aparece en nuestro artículo anterior — que ejecuta la Vida en su evolución, séase la generación, conservación y destrucción de la forma (1). Una de las fases de esta última función, es que cada manifestación de la Vida tenga su antagonista natural en otra manifestación de distinta naturaleza, pero de idénticos efectos, fines ó tendencias en un mismo medio. Cuando dos fuerzas así se encuentran en ese medio, la una tiene necesariamente que destruir ó anular á la otra, y de aquí la observación médico-científica de que en un mismo organismo no puedan haber simultáneamente dos enfermedades con iguales síntomas.

Y de aquí también el por qué del fenómeno antes apuntado, de anular la inteligencia superior del hombre á la inteligencia del Principio Vital: la razón al instinto. Dos fuerzas de distinta naturaleza, pero de similares manifestaciones ó efectos, cuyo mutuo campo de acción es el cerebro físico. Simultáneamente jamás pueden actuar; ningún acto humano puede ser instintivo y razonado á la vez, sino lo uno ó lo otro. Y así como en el hombre más evolucîonado se dan pocos actos instîntivos por funcionar la razón casi constantemente, así en el hombre primitivo, en quien la razón es sólo naciente, preponderan los actos

(1) Recordaremos al lector que en la religión Brahmânica, estas tres funciones ó aspectos de la Naturaleza evolutiva, están representados exotéricamente por los tres Dioses Brahmâ, Vishnu y Shiva: Generador ó Creador, Conservador y Destructor, respectivamente, lo cual no sólo demuestra la remota antigüedad de tal conocimiento, sino también lo fundamental del mismo.

instintivos, y así reinan absolutos en el animal donde la razón apenas si existe como un reflejo en sus unidades más adelantadas: la misma Ley en todas partes, en lo más alto como en lo más bajo, en las fuerzas espirituales como en las fuerzas brutas.

Finalmente, la llamada *ley de selección* y de *supervivencia de lo más perfecto*, arranca precisamente de esta tercera función de la evolución de la Vida, tan erróneamente considerada por el positivismo científico, como evolución de la Forma.

Ahora bien; comprendido esto, fácil es deducir de qué modo funciona la acción terapéutica del principio activo del medicamento en el organismo animal. En primer término el medicamento tiene que ser perfectamente homeopático á la enfermedad, esto es, tiene que ser el antagonista natural de la fuerza que combate, y para ser ese antagonista debe producir en la generalidad de los organismos sanos pero *sensibles* (1), por lo menos alguno de los síntomas fundamentales que su antagonista produce. Estos síntomas, sin embargo, difieren en su naturaleza de los de la enfermedad, pues estos son originados por una fuerza dinámica *viva*, por decirlo así, que busca su vida y desarrollo en un medio propicio á tal fin, al paso que los efectos del principio activo medicinal, para el que ese medio no ofrece campo alguno de crecimiento, provienen de las vibraciones que le son características y son puramente pasajeros, porque la acción del Principio vital no tarda en apagar tales vibraciones, lo cual consigue siempre tratándose de un principio activo independiente de la substancia generadora.

Ahora bien; el fenómeno comprobado por el Doctor Teste de que el principio activo medicinal, cuando es homeopático á la enfermedad, no produce efecto alguno perturbador en el organismo enfermo, tiene su explicación lógica en esa misma ley de antagonismo que hemos venido demostrando, y cuya existencia ayuda á evidenciar. El mismo Hahnemann asienta que la fuerza dinámica medicinal no ejerce su acción sobre la materia del organismo, sino sobre otra fuerza dinámica, y

(1) No todos los organismos son aptos para ser buenos *sujetos* en los experimentos de los efectos de las diluciones homeopáticas, sino que se requiere que sean personas de sensibilidad adecuada, lo mismo que sucede con el magnetismo y el hipnotismo, que no todos sienten sus efectos; y aunque no lo hemos comprobado, sospechamos que los que son *sujetos* para lo primero lo son generalmente para lo segundo, porque ambos casos implican una preponderancia más ó menos acentuada del *doble etéreo*, el cual, por esta circunstancia muestra mejor su sensibilidad. También parece lógico suponer que la acción terapéutica del principio activo de los medicamentos debe ser más eficaz y rápida en los que son *sujetos* que en los que no lo son, circunstancia que si se tiene en cuenta pudiera quizá explicar más de un enigma en la práctica de la homeopatía.

esto es precisamente lo que creemos sucede, sólo que en lugar de ejercerla sobre el Principio Vital mismo, la ejerce exclusivamente toda entera — sin actuar para nada en este caso sobre el organismo material, el cual sólo se resiente de la *acción química* del medicamento cuando se administra en *dosis masivas* — sobre la fuerza dinámica antagonista á la cual anula, destruye ó expele del organismo bajo la forma que haya desarrollado. Y su éxito estriba por completo en la cooperación inteligente y potentísima del Principio Vital, que aumenta enormemente con su impulso, con su inmensa propia fuerza dinámica vivificante, la acción terapéutica de la fuerza auxiliar, la cual, por sí sola, sería débil, nula y por completo impotente contra aquella otra fuerza de vida propia, que ha tomado gran expansión arraigando en el medio que ha invadido.

Tal es, á nuestro juicio, la explicación de las funciones de la ley bautizada por Hahnemann *Similia similibus curantur*, cuyos efectos descubrió estudiando la acción de la quinina en el organismo humano; ley cuyo funcionamiento se explicaría quizá mejor bajo la denominación de «Antagonismo de las fuerzas heterogéneas de efectos semejantes», en contraposición de aquella otra de «Unidad de las fuerzas homogéneas».

Y esta ley es la misma que en la esfera animal y en la animal humana, se manifiesta como «Rivalidad» ú «Odio», en contraposición con la de «Unidad» ó «Amor». Son exactamente las mismas características en otra esfera; más claro, son esas mismas fuerzas dinámicas que la evolución ha convertido, en el reino animal superior, en fuerzas psíquicas, no porque esas fuerzas sean entidades evolutivas de individualidad propia, sino como expresiones de lo único que realmente evoluciona: la Vida.

Y para comprender mejor la acción de esta ley, reflexiónese sobre lo que implica en la Naturaleza el concepto «Antagonismo». Así como el *amor* perfecto atrae irresistiblemente á los seres lo mismo que á las fuerzas, para su unión y desenvolvimiento, para la generación y conservación, asimismo el *odio* perfecto los atrae con igual irresistible impulso para la destrucción.

Sin la destrucción, sin lo que se llama muerte, no habría generación ó renovación; sin la conservación no habría desenvolvimiento de lo renovado. La evolución de la Vida requiere necesaria é imprescindiblemente esos tres aspectos de su manifestación; sólo que lo que se genera y lo que perece no es la Vida, sino la Forma.

La Vida se reviste de la Forma, y á esto se llama generación ó creación. La Vida evoluciona en la Forma, y á esto se llama conservación ó desenvolvimiento de la forma. La Vida desecha la Forma cuando ya

no le sirve á sus fines, y á esto se llama destrucción, muerte. Muerte que implica un nacimiento nuevo, una nueva forma más hermosa, más perfecta que la anterior, un paso más en la infinita escala del progreso evolutivo, de esa Evolución que transforma el principio activo de los minerales—la expresión más rudimentaria de la Vida en el mundo de los fenómenos físicos—en Vida vegetal; que transforma la Vida vegetal en Vida animal; la Vida animal en Conciencia semi-humana—estado actual de la masa de la humanidad—; luego en Conciencia humana, pasando después á Conciencia semi-divina, y por último alcanza la meta de la evolución terrestre en la Divinidad Humana, la cual continúa desenvolviéndose en sucesivos ciclos hasta que, finalmente, se cierra el círculo, sumergiéndose la Vida, transformada en Omnisciencia, en aquel mismo origen de donde partiera en el principio mismo de la Creación—léase formación del Sistema Solar—como pura emanación inconsciente.

Pero esa Conciencia está atravesando aún en la época presente por su ciclo de mayor materialización, y la inteligencia que desarrolla es una inteligencia material, bien que potentísima en sus unidades más avanzadas; y de aquí que la Ciencia, ó sea la sabiduría del hombre moderno, no quiera ni pueda transcender el círculo de los fenómenos materiales; de aquí su negación y desprecio del Noumeno, y de aquí, finalmente, que invierta, como consecuencia inevitable, los términos del problema y considere á la Vida como expresión de la evolución de la Forma, en lugar de ver en la Forma la expresión de la evolución de la Vida; dando todo valor y realidad á lo instable y perecedero, ó sea á lo puramente ilusorio, y despreciando lo perdurable y lo único real por consiguiente.

(Se continuará.) JOSÉ MELIÁN.



CONFERENCIAS TEOSÓFICAS DE 1900
EN LA UNIVERSIDAD DE GINEBRA

POR EL DR. TH. PASCAL

PRIMERA CONFERENCIA

LA TEOSOFÍA Y SUS ENSEÑANZAS PRINCIPALES

SEÑORES y Señoras: Grande es la honra que siento al ser llamado á sembrar la semilla teosófica en la importante ciudad genebrina, y agradezco al De-

partamento de Instrucción Pública me haya distinguido con tan señalado favor. Un sentimiento muy grande tengo, sin embargo: el de que no ocupe aquí mi lugar esa inteligencia tan luminosa, esa alma tan noble, esa oradora tan eminente que se llama Mad. Annie Besant, invitada por vosotros á usar la palabra; su viaje á la India, donde se encuentra actualmente, no permitió que así fuese.

No es la Teosofía, por cuanto hayan podido deciros, un instrumento de combate contra las religiones, muy al contrario: la Teosofía me enseñó á respetarlas todas. Preséntase en todas partes llevando en la mano el ramo de olivo, vertiendo siempre la luz con el objeto de unir, inspirándose siempre en el amor, y el primer objeto de la Sociedad Teosófica, el único que exige de aquellos que aspiran á entrar en su seno, es el de formar el núcleo de una fraternidad universal, sin distinción de raza, sexo ó credo.

¿Existe acaso una ciudad más apta á recibir tan nobles doctrinas que la que fué en todos tiempos el mayor asilo de la libertad del pensamiento? ¿Qué pueblo fuera capaz de comprender y favorecer un nuevo esfuerzo hacia la fraternidad, sino aquél que con los elementos pertenecientes á tres razas, supo constituir una nación que, hablando tres idiomas, posee un sólo corazón?

* * *

¿Qué es la Teosofía?

Es la Sabiduría divina, ó lo que mejor pudiéramos llamar, la ciencia de la Vida. Sólo Dios conoce la ciencia divina total, porque Él es el Creador del Universo; Él es quien le guía con su Inteligencia, le anima con su amor, le mueve con su Voluntad. Pero forman los seres una gran jerarquía en el Cosmos, y á medida que despiertan sus facultades, van siendo capaces de conocer algo de la Vida universal. Ya ha sorprendido el hombre más de un secreto de la Naturaleza; los seres sobrehumanos han penetrado mucho más profundamente en su seno; mucho más aún saben de la Verdad los seres divinizados. Y en esa jerarquía, lo mismo que en la familia humana, ayudan los mayores á los jóvenes; los más elevados de los que existen sobre nuestro planeta — aquellos á quienes llaman Maestros los teosofistas, porque son *maestros* de todas las fuerzas que obran sobre el planeta *tierra* — instruyen á ciertos hombres dotados de alta perfección intelectual y moral, llamados *discípulos;* éstos transmiten á los suyos aquello que son capaces de comprender, y éstos se complacen á su vez en propagar en su derredor, entre los hombres que sufren ó indagan, los fragmentos de esa teosofía, de esa ciencia divina que pudieron asimilar.

Existió, pues, la Teosofía en todos los tiempos y en todas partes; sólo cambió su nombre á través de las edades. Nuevamente apareció á fines del siglo pasado, en momentos en que, cansado el espíritu humano de la letra del dogma, y no hallando en las religiones luz suficiente, lanzábase en brazos del materialismo y vivía en la duda. En aquel momento, vino un Men-

sajero á recordar la verdad, á aportar un fragmento mayor de aquella verdad, á fin de que todos pudiesen volver á la esperanza y seguir el camino del que momentáneamente se habían apartado.

Inmensas son las enseñanzas teosóficas; constituyen una literatura considerable; sólo trataré aquí de algunas, de aquellas que tienen una aplicación práctica, y aun así, sólo podré trazar de ellas un esbozo. No podré probar (1) todo cuanto tengo que decir, pues no me lo permite el tiempo de que dispongo; mas esto no tiene gran importancia, porque rechaza la Teosofía la fe basada en la autoridad, y nos dice: Si vuestro corazón y vuestro espíritu no os autorizan á creer, no creais. Aquellos entre vosotros á quienes logren interesar mis palabras, hallarán en las obras teosóficas, *si quieren dedicar á ese estudio el tiempo necesario,* todas las pruebas que pueda exigir la inteligencia.

Trataré esta noche de cuatro puntos fundamentales: *La Constitución del Hombre, la Fraternidad humana,* la *Ley de Causalidad* y la *Ley de los Renacimientos ó Reencarnación.*

I

La Constitución del Hombre

El hombre es un pequeño Universo, un microcosmo.

Contiene en germen todas las posibilidades del universo; un número determinado de éstas están ya desarrolladas en aquél hasta cierto punto, las demás aún se hallan en estado embrionario y no se manifestarán hasta más tarde. Ahora bien; la materia del Universo es ilimitada, de ésta sólo se conocían, hasta hace poco tiempo, tres estados: el sólido, el líquido y el gaseoso.

Hoy día, para explicar ciertas fuerzas sutiles — la luz, la electricidad, el calor — reconoció la ciencia que precisaba admitir la existencia de un estado más sutil de materia: el éter. Enseña la Teosofía que existen cuatro estados etéreos, y que por cima de éstos se encuentran otros estados más sutiles aún, necesarios para explicar las fuerzas superiores: la sensación, el pensamiento, el amor, la voluntad. Añade además la Teosofía que así como adquiere la materia sólida formas diversas que llamamos los cuerpos visibles de los seres, así también presentan los estados sutiles de materia ciertas formas,

(1) Se nos ha dirigido el cargo de haber afirmado muchas cosas sin probarlas. ¿Cuál es el sabio que al presentarse ante un auditorio ignorante de la ciencia, cuyos principios fundamentales vése obligado á presentar en pocas horas, capaz de probar todo cuanto tiene que exponer? Yo no soy un sabio, sino un simple estudiante; es la Teosofía la más vasta y profunda de todas las ciencias; y existen enseñanzas — aquellas relacionadas con los mundos y cuerpos invisibles, por ejemplo — que sólo completamente se demuestran, cuya prueba sólo se obtiene, por uno mismo, por el desarrollo de los sentidos superiores; no han pensado nuestros críticos, seguramente, que exigían lo imposible.

esféricas ú ovoides por lo general. Los experimentos hipnóticos y muchos hechos que son del dominio de la psicología, han demostrado la existencia de un cuerpo distinto del cuerpo visible. Durante el sueño, la inteligencia — el hombre — está ausente del cuerpo; éste vive, funciona todo el organismo animal, pero lo mental está ausente. Vibra automáticamente el cerebro y reproduce las impresiones que durante el estado de vigilia le agitaron; mas examinad su ensueño, éste es absurdo, incoherente, y sólo cuando despertamos nos damos cuenta de esa incoherencia. El hombre (el alma, el Ego) ha vuelto á su cuerpo en aquel momento y analiza el ensueño.

Existen, por lo contrario, ensueños superiores en los que es extremadamente luminosa la inteligencia: resuélvense difíciles problemas, imposibles de resolver con las facultades del estado de vigilia. Y es debido á que emplea en aquel caso lo mental un instrumento más sutil, cuyo poder vibratorio es considerable; por esta razón, aquel ensueño — que no es el ensueño banal, cerebral, del que acabo de hablar — se imprime rara vez é imperfectamente en nuestro cerebro, demasiado grosero todavía para reproducirlo por medio de sus limitadas vibraciones.

Segundo hecho. En los estados hipnóticos, cuando se halla el cerebro en estado de completo reposo, y paralizados los sentidos, pueden manifestarse ciertas facultades superiores, ó sea cuando, por efecto de la parálisis hipnótica, cesa de vibrar el cerebro bajo las influencias del mundo externo, puede recibir la impresión de la vibración del cuerpo sutil, en el que se encuentra entonces el hombre: esta impresión se efectúa, en esos casos, porque el cerebro se halla en estado de completa calma, y que la vibración grosera del mundo externo no impide la impresión de la vibración sutil del cuerpo sutil.

En esos casos pueden comprobarse fenómenos semejantes á aquél referido por uno de vuestros compatriotas, el doctor Ladame, en su libro titulado *La Neurosis hipnótica;* cita el caso de una señora que habiendo ido una sola vez al teatro, pudo, durante el sonambulismo, cantar el segundo acto entero de *La Africana,* mientras que ignoraba totalmente esta ópera en estado de vigilia.

Esa persona recordaba la ópera en su cuerpo sutil — el cuerpo astral — porque la memoria, cuando nos hallamos en ese cuerpo, esto es, durante el sueño, es considerable, y pudo en ese caso, imprimir aquella memoria en el cerebro que el sueño sonambúlico había colocado en estado de completo reposo.

En determinados casos de locura pudo el enfermo volver á su sano juicio durante el sonambulismo provocado. Devuelta la calma al cerebro, libre de las vibraciones tumultuosas que impedían la manifestación de la razón, pudo recibir aquél la impresión de la sana vibración de la inteligencia en acción en el cuerpo sutil, durante el sueño hipnótico.

Una comisión de psicólogos halló en el libro *Les Fantômes des Vivants* centenares de casos, que demuestran que cuando abandona el hombre su cuerpo físico (esto es, cuando muere), permanece en un cuerpo sutil que

sobrevive á la muerte y puede manifestarse á distancia. Los fenómenos espiritistas han demostrado el mismo hecho.

Podía aducir, si dispusiese del tiempo necesario, gran número de pruebas acerca de la existencia de ese cuerpo.

Todas las religiones admiten la pluralidad de los cuerpos humanos: según los egipcios, los cuerpos eran siete, cinco según los hindos, cuatro contaban los romanos; San Pablo sólo habla de dos cuerpos: el cuerpo animal y el espiritual. Enseña la Teosofía que el número de los cuerpos humanos depende del grado de evolución alcanzado por los hombres. Tres cuerpos posee el hombre actual: el visible, el llamado astral y el cuerpo mental.

Todos conocéis el cuerpo visible, por lo tanto, no trataré ahora de él; los anatomistas podrán enseñaros mejor que yo pudiera hacerlo. Pero creo útil hablaros de la parte sutil de este cuerpo físico, la parte á la que se ha llamado el «doble etéreo»: el «doble», porque cuando es extraída esa materia del cuerpo humano, adquiere la forma del cuerpo visible, y esto tiene lugar á veces parcialmente en ciertos individuos de constitución especial, los sensitivos en general y los mediums en particular; «etéreo», porque aquella materia está constituída por el éter. Jamás se separa el «doble» de las personas que gozan de buena salud durante la vida; desvanécese poco á poco durante la agonía, y cuando queda completamente separado de la forma física, se produce la muerte. El éter de ese «doble» es el vehículo de la fuerza vital.

También diré algunas palabras acerca de la atmósfera invisible que rodea al cuerpo y á la que Hipócrates llamaba *enormon*. Llámase en Teosofía el «aura de salud». Esta «aura» (atmósfera) está compuesta de emanaciones corporales sutiles proyectadas por el exceso de tensión del flúido vital en el cuerpo: encuéntranse en ella cristales microscópicos, moléculas líquidas, gaseosas y etéreas. Son elementos proyectados hacia fuera por las corrientes de vida que parten del cuerpo. Cuando es normal la energía vital, forman una especie de aureola constituída por rayos paralelos, que salen perpendicularmente de la superficie cutánea (1); cuando está muy quebrantada la salud, ya carecen de fuerza aquellas corrientes y los rayos se inclinan hacia la superficie del cuerpo, como un paraguas que se cierra.

Esa «aura de salud» desempeña en la fisiología del cuerpo humano un papel interesante. Viene á ser un regulador de la tensión vital, una especie de válvula de seguridad. Constituye un sistema de excreción notable y muy importante (depuración). Es, en fin, un órgano de defensa. En efecto, los agentes mórbidos más peligrosos (2) — los que operan la contagión, por

---

(1) Pueden observarse muy claramente en las placas de los experimentadores que intentaron en estos últimos años fotografiar el flúido vital que sale de la mano: el doctor Baraduc, el comandante Tégrad, y sobre todo, Jodko. Añadiré que la enseñanza teosófica respecto al *aura de salud*, es muy anterior á estos descubrimientos de la ciencia.

(2) Peligrosos porque son invisibles y escapan á nuestros análisis microscópicos.

ejemplo — son seres infinitesimales. Flotan en el aire y entran en contacto con nuestros cuerpos. Cuando posee el «aura de salud» una tensión normal, rechaza á aquellos agentes mórbidos, como rechaza una rueda en movimiento el barro con que está en contacto. Si, por lo contrario, el cuerpo está debilitado, los rayos sin fuerza se abaten, y no produciendo ya el torbellino de vida el efecto centrífugo normal, penetran los gérmenes en el organismo.

Algo más añadiré respecto al cuerpo físico. Este contiene cierto número de centros — centros nerviosos — que corresponden á centros análogos situados en los cuerpos superiores de que hablaré luego; así es como pueden manifestarse en el cuerpo físico las facultades de esos cuerpos superiores: la emoción, el pensamiento, el amor, la voluntad.

Posee ya el hombre cinco sentidos; dos nuevos sentidos se desarrollarán. La vista á través de los cuerpos corresponderá al sexto; la ciencia médica logró ya comprobar el hecho en América, donde pudo un niño reemplazar con ventaja los rayos Roentgen y diagnosticar; también se observó que el ejercicio de ese sentido causaba gran fatiga, y hubo necesidad de reducir á dos por semana el número de sesiones para la experimentación. No es bastante sutil el sistema nervioso actual para soportar sin fatiga vibraciones tan enérgicas.

Tiene por instrumento ese sentido un órgano definido del sistema nervioso; no se nombra por qué ofrece peligro, en el grado actual de la evolución humana, despertar aquel órgano.

El séptimo sentido posee otro órgano nervioso que es instrumento suyo, del que tampoco se habla por la razón que acabo de señalar. Ese sentido es el de la intuición, palabra difícil de definir: — es la facultad de imprimir en el cerebro un número considerable de las vibraciones (es decir, de los pensamientos) del cuerpo mental. En estado normal sólo recibe el cerebro las vibraciones mentales más simples, y no puede, por lo tanto, manifestar sino una inteligencia muy limitada; por medio de la educación del centro del séptimo sentido, se hace capaz el cerebro de recibir un número de vibraciones mentales mucho más considerable, y las facultades intelectuales aumentan entonces prodigiosamente.

La evolución realizará con el tiempo ese progreso, como realizó todos los demás.

Muchos nombres recibió el primero de los cuerpos invisibles. Se le designa á menudo en Occidente con el nombre de cuerpo astral, nombre bien poco satisfactorio por cierto. Algunos derechos tiene, sin embargo, á llevarlo: en efecto, es luminoso para los videntes, y comparado con el cuerpo físico, podría, en rigor, recordar hasta cierto punto la luz de un astro. Llamábanle durante la Edad Media cuerpo sideral, porque, según la astrología, la buena ó mala influencia de los astros obra sobre aquél.

Con el nombre de *Kama* lo designan en la India, palabra sanscrita, que significa pasión; es, en efecto, el cuerpo que permite la sensación, y, por consiguiente, los deseos, las pasiones y todo lo que se relaciona con aquélla;

por este motivo se le designa con frecuencia en Teosofía bajo el nombre de *cuerpo de deseos*. También se le ha llamado *alma animal*, porque es el centro de actividad de la vida de los animales; el *cuerpo psíquico*, porque para la humanidad actual es el instrumento directo, el compañero indispensable del alma *(psiquis)* humana, ó más bien del cuerpo mental. El término más exacto quizá fuese el de *cuerpo de la sensación*.

Compenetra enteramente el cuerpo físico é irradia en su derredor, formando un ovoide luminoso, que se extiende á distancia de un metro próximamente en todos los sentidos. Es luminoso y azulado; dicen los videntes iniciados que cada emoción, cada sensación, pasión y pensamiento, se manifiestan sobre ese fondo luminoso como un relámpago de forma y color especiales.

En general, el azul representa la devoción; el amarillo, la inteligencia; el color rosado, el amor; el rojo claro, la ira; el rojo obscuro, las pasiones animales.

Esos cuerpos de sensación poseen centros de vida, centros de fuerza especiales. Cada uno corresponde á uno de los sentidos y da vida á un estado particular de materia astral; de suerte que no se limitan los sentidos á aquellos centros, sino que son manifestados por todas las partes del cuerpo astral: esto explica por qué ciertas personas ven, leen ó entienden con las manos, los pies, la frente ó el hueco del estómago.

Los centros de vida del cuerpo astral se hallan situados en las partes ocupadas por los principales centros del sistema nervioso físico; existen cuatro á lo largo de la espina dorsal y tres en el encéfalo (cerebro y cerebelo); sólo trato aquí de los principales.

Os he dicho que no es la sensación una propiedad de la célula nerviosa, sino de la substancia astral. Es un hecho, aunque difícil de demostrar; algún día lo descubrirá la ciencia, pronto probablemente, ó mejor dicho, pronto ya no podrá explicar la sensación de otro modo, y así como se vió obligada á admitir el éter de la antigua física por la fuerza de la lógica, se verá obligada, por el mismo motivo, á recurrir á la hipótesis de una substancia especial, hiperfísica, para explicar la producción de las sensaciones.

El hombre que ha desencarnado—que ha muerto, según erróneamente se dice,—vive en cuerpo astral, en el mundo astral, el mundo llamado por los hindos *Kama-loca* (la morada de los «cuerpos de deseos»), *Hades* por los griegos, y por los católicos *Purgatorio*. Cuanto más robusto y grosero es el cuerpo astral, más se prolonga su vida en el Purgatorio. Los que han vivido entregados á los apetitos sensuales, vitalizaron en gran modo al cuerpo de las pasiones, y sufren entonces de verse privados de cuerpo físico con que satisfacerlas: el fuego del Purgatorio, el suplicio de Tántalo, la roca de Sísifo, etc., simbolizan ese estado. Cuando ha disminuído suficientemente la energía del cuerpo astral para que cese la actividad de los centros pasionales, se desagrega ese cuerpo—muere—, y el hombre, revestido entonces del tercer cuerpo — el cuerpo mental — vive en el mundo mental: el cielo. Este

tercer cuerpo, el cuerpo mental, está formado de una materia más sutil aún; el pensamiento es su atributo especial. Su forma, como la del cuerpo astral, es ovoide; su volumen es tanto mayor cuanto mayor ha sido también el desarrollo mental del individuo; su color y resplandor son muy hermosos. Dicen los Iniciados que presenta dos partes especiales: una menos voluminosa, que es la que acabo de indicar, y otra cuyo volumen puede aumentar extraordinariamente con la evolución. Fué designada la primera bajo el nombre de cuerpo mental, propiamente dicho; la segunda es el cuerpo *causal*.

Por su vibración manifiesta el cuerpo mental el pensamiento concreto, el que posee, por decir así, una forma; el cuerpo causal manifiesta el pensamiento abstracto. Ofrece bastante dificultad hacer comprender claramente á aquellos que no han cultivado la filosofía, la diferencia que existe entre esos dos órdenes de pensamiento.

El pensamiento abstracto es semejante á un germen capaz de crear gran número de pensamientos concretos. De la idea abstracta de la belleza, por ejemplo, nacen todos los aspectos de ésta y de todas las cosas bellas. Cuando pensamos en una hermosa flor, damos una forma á nuestro pensamiento, lo cual no podemos hacer tratándose del pensamiento abstracto de la belleza. El pensamiento abstracto es una cosa sintética; el pensamiento concreto es analítico: sólo existe una belleza, pero existen millones de cosas bellas.

El cuerpo causal es el productor del pensamiento abstracto; más aún, es el receptáculo de todas las causas producidas por el ser humano en evolución; están representadas esas causas en la substancia mental superior—la del cuerpo causal—por las impresiones vibratorias de pequeñas aglomeraciones de substancia. Producen esas impresiones sus efectos tarde ó temprano, en una ú otra vida, y así es como recoge el hombre el fruto de aquello que ha sembrado.

Después de la vida del Purgatorio, despierta el hombre en el mundo mental, en el mundo al que corresponde el cuerpo que reviste entonces: es el *Devachán* de los buddhistas, el *Svarga* de los hindos, el *Amenti* de los egipcios, los *Campos Elíseos* de los griegos, el *Cielo* de los cristianos. Dura ese cielo tanto tiempo como el cuerpo mental, y éste persiste durante el tiempo que corresponde á la actividad de sus centros de vida y al estado de sutileza mayor ó menor de la materia que lo constituye. Cuanto más nobles y potentes hayan sido los pensamientos de un hombre durante su vida de encarnación; cuanto más hayan influído en su corazón, más larga y dichosa será también la vida de aquél en el Paraíso; los pensamientos que haya concentrado en las pasiones ó en las cosas de la sensación, del cuerpo astral, quedan ligados á este cuerpo después de la muerte, y forman parte de la vida del Purgatorio. El cielo, pues, está creado por la vida que ha llevado un hombre sobre el plano físico, y razón tienen las religiones cuando dicen que nuestro estado de felicidad en el cielo depende de nuestros mayores ó menores méritos.

Mas la Teosofía se separa del cristianismo respecto á la *eternidad* del Paraíso; afirma que los estados *post-mortem* están regidos por la ley de justicia, y que el Paraíso es temporal, como lo es también el lugar de sufrimiento llamado Infierno, porque ningún hombre puede merecer un Paraíso ó un Infierno eternos; es un ser finito, y no puede crear una eternidad buena ó mala.

Destruído el cuerpo mental, permanece el hombre en el cuerpo causal; es entonces más ó menos conciente, según su estado de desarrollo; suele dormir durante un tiempo, breve por lo general, un sueño reparador, y la ley divina pone luego en actividad los gérmenes recogidos por su cuerpo causal, desarrollándose nuevos cuerpos hasta reencarnarse el hombre una vez más en la tierra.

Tales son, para el hombre, los cuerpos normales en el grado actual de la evolución. Otros existen, pero no los desarrollará el hombre hasta más tarde; existen ya, sin embargo, en estado embrionario; sólo diré que el primero de éstos es aquel que manifiesta el más puro amor; el segundo es el órgano fundamental de la voluntad; de los restantes, nada sabemos aún.

J. X. H.

(Continuará).



EL TEOSOFISMO DEL POETA PORTUGUÉS ANTHERO DE QUENTAL

(BOCETO)

A Carlos de Mesquita, autor de *Un romancista inédito.*

COMPRENDO que es difícil hablar de un poeta de la talla de Anthero de Quental, y más difícil aún hacer brillar una nueva faceta ó indicar en él un nuevo matiz, y sin embargo, lo intento... ¿Razón de ello? Que es labor necesaria; que aunque nuestra crítica no la haga, debe hacerse sin embargo. Si no por los maestros, por los discípulos ó por quienes puedan.

Es un hecho ciertísimo que hay poetas cuya misma transcendencia es un obstáculo para su popularidad. Quental fué uno de ellos. Semejante en esto á Hugo — como son semejantes entre sí las águilas — unió á su particularidad de escribir muy hondo y muy sincero para una humanidad muy superficial y llena de convencionalismos, los rencores y envidias que siempre despiertan los grandes. Se refiere que cuando murió Víctor Hugo, un crítico de *La Croix* dijo: «El Sr. Hugo dejó de existir á la una y treinta y cinco minutos. Estaba loco desde hacía treinta años...» También Anthero tuvo su crí-

tico de *La Croix*, un versificador envidioso—literato que no queremos citar—que procuró arrojar todo el fango posible sobre el nombre del poeta.

Ved en cambio lo que dijo el gran crítico Sr. Oliveira Martins, en el hermoso estudio crítico que sirve de prólogo á los sonetos del poeta:

«Este hombre fundamentalmente bueno, si hubiese vivido en el siglo VI ó en el siglo XIII, hubiera sido uno de los compañeros de San Benito ó de San Francisco de Asís. En el siglo XIX fué un excéntrico, pero con esa especie de excentricidad que es indispensable, porque en todos tiempos fueron indispensables los herejes, los que hoy se llaman disidentes.»

Su gran delito, el delito que no se le perdonó, fué el haber contemplado con indiferencia no pocas cosas que generalmente aparecen rodeadas de más importancia de la que realmente tienen. Esa virtud especial, que consiste en examinar las cosas y los conceptos tal como son y no como aparecen, se tomó como un insulto al régimen de convencionalismos en que vivía. Nada es comparable al valor que generalmente se concede á esos fantásticos castillos inexpugnables que perduran merced á la rutina y en los que no hay sino conceptos huecos. Su especial pesimismo, por otra parte, fué y sigue siendo causa de severas críticas.

Hemos oído á críticos competentísimos calificar á Quental de «poeta que no supo cantar otra cosa que la muerte», sin tener en cuenta por lo visto sus sonetos á *La Idea*, los sentidísimos á la desconocida beldad què ocultaron las iniciales *M. C.*, las *Primaveras románticas*, el *Amor vivo*, *Lux* y tantas otras composiciones inimitables, en las que respira la tranquilidad de espíritu, el entusiasmo y la vida. Aparte de que lo digno de admiración en Quental es, ante todo, su intensidad pocas veces superada, su convencimiento y la cantidad de emoción que supo encerrar en sus estrofas. Si una vida risueña hubiera rodeado al malogrado poeta, si una sociedad apta para recibir sus cantos le hubiese escuchado, si el infortunio no le hubiese perseguido, claro que entre sus versos no figurarían *Os captivos*, ni el *Hymno da manhã*, y otros; pero ¡quién sabe si tampoco Anthero de Quental hubiera salido de esa obscura medianía en que tantos otros quedaron! Sirvan también estas advertencias para disculpar el último acto de su vida, el momento aquel de dolorosa ofuscación que le condujo, por encima de sus deberes de luchador, á romper de un modo violento con los lazos que le retenían aún entre los vivientes.

* * *

No debe vacilarse en decir, al tratar de Quental, que fué uno de esos cerebros poderosos en los que á las ideas acompaña una poderosa intuición; uno de esos cerebros en cuyo misterioso laboratorio, las extrañas funciones del *pensar* se confunden con las mágicas del *crear*...; en los que la representación de una idea no se da, no puede darse, sin el forzoso cortejo de su imagen, y que están como en contraposición de esos otros que ante la presencia de una idea no perciben sino lo típico y genuinamente abstracto de

ella. De aquí su concepto de la multiplicidad de las cosas como Formas de una realidad única; de aquí sus Esencias, que evolucionando incesantemente desde lo que se llama vida y que no es para el poeta sino un á modo de Destierro en medio del Dolor y de la Ilusión, caminan hacia el *Seno Inalterable* de la paz. . .; y de esa naturalidad y esa vida que tienen á veces sus ideas por metafísicas que sean y que las hacen aparecer como algo objetivo y familiar que ya nos era conocido. El soneto *Metempsychose* y los titulados *Mors-Amor*, *Consulta* y otros, son un ejemplo de esto.

* * *

Anthero conoció las dulzuras del ensimismamiento. . . Encontró maravillosas enseñanzas en la abstracción. De un período de su vida, en el que hubo de pasar por las pruebas del dolor y la descreencia más angustiosas, época en que era «nihilista como filósofo, anarquista como político, y todo lo que fuese negativo, radical y exagerado», pasó á otro sosegado y contemplativo, en el que vivió como si hubiera nacido á nueva existencia. Cuando llegaron á sus oídos los primeros ecos de las ideas buddhistas, una verdadera revolución operóse en su espíritu. Tales ideas, que influyeron no poco en sus producciones, aunque no comprendidas en toda su extensión — basta recordar el violento fin del poeta — sirvieron, sin embargo, para calmar su agudo estado primitivo de protesta. Al desaliento abrumador sucedió la tranquilidad, casi la indiferencia. Entonces fué cuando resolvió destruir sus *antiguas* composiciones; «aquellas poesías eran fruto de un estado de ánimo desolador y no podrían consolar á nadie». Cuando la paz extendía sus alas sobre el poeta, sentía necesidad de comunicarla, de exteriorizarla. Mas ¿qué paz era ésta que había penetrado en él? Oliveira Martins explicó en qué consistía: «Era el Nirwana.» «Para que nada faltara á este místico, anacrónicamente perdido en la confusión de un siglo activo hasta la demencia, tuvo también una fe ardiente: una fe buddhista. . . »

Pero no fué únicamente «el Nirwana» lo que modificó al autor de las *Odas modernas*; fueron sus dotes de pensador, de teósofo. Fué su teosofismo lo que le llevó á las más transcendentales conclusiones. Para él, como para Campanella, Silesius y Novalis, poetas los tres y los tres teósofos, el mundo adquirió un aspecto que le había sido desconocido en otro tiempo. No era ya la Naturaleza el irritante conjunto de causas ciegas ó movidas por una mano cruel... Era la variedad de las pristinas Esencias evolucionando... Y era la Forma, momento y cristalización de estas Esencias en su ascensión evolutiva hacia lo Infinito... Y los lamentos y la protesta universal y el grito lanzado «por las cosas», inconsciente ó tal vez consciente anhelo de éstas por caminar «hacia otro fin ya presentido» y de sumergirse en el tranquilo Océano sin límites de la Libertad, de la Liberación.

Y he aquí de qué modo el poeta, abrumado por la inesperanza y el desaliento, terminó por cantar la esperanza en el reposo Absoluto. De qué modo,

con el autor de *Los rayos y las sombras* y con Poé, el artista que supo encerrar en la rima las vibraciones metálicas (en *The Bells*) y los latidos de las cosas intangibles (*The Conqueror Worm* ó *The Raven*) y con Hoffmann y con Nerval, y con J. A. Silva, formó esa corona de poetas digna de la corte de un Vikramaditjia aún no nacido...

* * *

He aquí algunas de las composiciones del intuitivo autor de las *Odas modernas*, si bien desprovistas en gran parte de su belleza rítmica, que no hemos podido conservar al verterlas en nuestra prosa:

Ad Amicos.

«En vano luchamos. Como bruma pálida nos envuelve la tristeza de las cosas. En tanto crea, en tanto se agita nuestra alma, se embaraza en sus propias redes.

El pensamiento que traza mil planes es vapor que se disuelve y desvanece, y la ambiciosa voluntad despedázase como la onda entre las rocas.

Hijos de amor, nuestra alma es como un himno á la luz, á la libertad, al bien fecundo... Una plegaria, el clamor de un presentir divino.

Mas nuestras voces resuenan en un solitario desierto, hondo y árido, y el Destino vaga mudo é impasible sobre el mundo.»

Contemplación.

«Sueño con los ojos abiertos... caminando, no entre las apariencias y las formas, sino vagando por entre ideas y espíritus y contemplando la inmóvil faz de las esencias...

¿Qué es el mundo ante mí? Humo que ondea... visiones sin ser, fragmentos de existencias... una bruma de impotencias y de engaños rastreando sobre el insondable vacío...

Y de esta bruma y de esta sombra universal sólo me llega un murmullo... un murmullo de ayes... Es la queja, es el gemido profundísimo de las cosas que ansían ciegamente allá en el dolor de su noche, otra luz... otro fin ya presentido...»

Nirvâna.

«Más allá del Universo luminoso... lleno de formas y de rumores, lleno de fuerzas, de deseos y de vida, ábrese á la manera de un tenebroso vacío...

La onda de este tumultuoso mar viene á expirar en aquel sitio amortiguada... El ser... inerte... ocioso... termina allí en inmovilidad infinita...

Y cuando el absorto pensamiento intenta salir de ese mundo muerto y vuelve á contemplar las cosas naturales, á la hermosa luz de la vida amplia é infinita, sólo ve con tedio, en todo cuanto queda, la ilusión y el universal vacío...»

EN EL CIRCO.

«Todo era allí suave y aéreo... Una existencia lúcida amanecía... y yo... tenue como la luz... Pero un día arrebatóme el viento y caí... caí rodando...

Caí y halléme de repente envuelto en lucha bestial en la dura arena, donde un desencadenado furor estallaba...

Un monstruo entonces sentí nacer en mí mismo y halléme de improviso convertido en fiera...

¡Y así es como rujo ahora entre leones!»

EVOLUCIÓN.

«Fuí roca en un tiempo y fuí rama allá en desconocida floresta del mundo arcaico... y fuí espumosa onda mil veces rota contra la arista del granito... el enemigo antiquísimo.

Fiera tal vez, rugí buscando abrigo en las cavernas obscurecidas por las brozas y la ginesta, ó tal vez monstruo primitivo, entresaqué mi testa por entre el limoso é impuro pantano...

Hoy soy hombre y en la gigantesca sombra veo, allá, á mis pies, la escala multiforme que desciende en espirales en la inmensidad...

Interrogo á lo infinito y lloro á veces... Mas extendiendo hacia el vacío las manos, adoro y aspiro únicamente á la Liberación.»

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

Madrid, Abril, 1901.

EL IDILIO DEL LOTO BLANCO

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO VII

EN mi mano tenía una flor blanca cuando desperté. Su belleza llenó mi corazón de júbilo; la miré y me sentí con nuevas fuerzas y contento, como si hubiese dormido en brazos de mi madre y la flor fuese el beso suyo en mis labios, pues junto á mi boca tenía yo la flor de loto entreabierta. No me preocupé en un principio de cómo la había obtenido; admiré tan sólo su belleza y me sentí feliz, pues me decía que mi reina, mi único amigo, velaba verdaderamente por mí.

De repente vi que alguien entraba en la habitación; sin embargo, más que entrar parecía salir de la sombra. Yo me hallaba acostado, según vi entonces, en el lecho de la habitación adonde Agmahd me había conducido. Apenas me daba cuenta de cómo ó en qué lugar habían transcurrido para mí las negras horas de la noche; pero tenía el sentimiento de que en sus

brazos había sido conducido á mi lecho. Estaba contento de verme otra vez allí, y también alegre de ver á aquella niña que á mí se aproximaba. Era ella más joven que yo, pero resplandeciente como la luz del sol. Se aproximó á mí, y luego se detuvo. Yo la tendí mi mano.

—Dame la flor—dijo ella.

Dudé, pues el poseer la flor me hacía feliz; pero no podía rehusársela, pues sonreía, y nadie en el templo me había sonreído hasta entonces. La dí mi flor.

—¡Ah! —exclamó ella; —¡tiene agua en las hojas!—Y la arrojó como con disgusto. Encolerizado me lancé rápidamente del lecho, presuroso por recobrar mi tesoro. Con viveza y rapidez cogióla la niña y huyó de mí con gritos de alegría. La seguí á toda velocidad. Yo era sólo un muchacho, y como tal la perseguía, pues estaba colérico y había decidido que ella no me ganaría. Atravesamos rápidamente grandes habitaciones, en las que no vi á nadie, lanzándose la niña á través de las grandes cortinas y siguiéndola yo con la viveza de un muchacho campesino. Pero de repente tropecé con lo que me parecía un muro de sólida sillería. ¿Cómo pudo ella habérseme escapado? Pues yo iba pisándola los talones. Furioso volví atrás; pero la presencia del sacerdote Agmahd junto á mí me redujo al silencio y á la inmovilidad. ¿Me había conducido mal? No podía ser, pues él sonreía.

—Ven conmigo—dijo; y con tanta amabilidad hablaba, que no temí seguirle. Abrió una puerta, y ante mis ojos vi un jardín lleno de flores, un jardín cuadrado, comprendido entre setos, profusamente cubierto de flores, y aquel jardín estaba lleno de niños, corriendo todos ellos de un lado al otro, tan rápidamente como podían, ocupados en las combinaciones intrincadas de algún juego que yo no comprendía. Eran tantos y con tanta velocidad se movían, que al principio quedé confundido; pero de repente vi entre ellos á la niña que me había arrebatado la flor La llevaba prendida en su traje, y al verme sonrió burlonamente. En el acto me lancé en medio de la multitud; me pareció, si bien ahora no me doy cuenta de cómo fué, que obedecía en seguida á las leyes del juego ó de la danza. Apenas sabía de qué se trataba, pues aunque me movía tal como debía entre ellos, no podía yo decir cuál era el objeto que se proponían. Seguí en mi persecución de la niña, si bien no lograba aproximarme á ella; ¡tan veloz era! Sin embargo, rápidamente aumentaba en mí el placer que el movimiento, la excitación, las caras alegres y las voces y risas me causaban. El perfume de flores innumerables me llenaba de delicias, y brotó en mí el deseo apasionado de poseer alguna de ellas. Olvidé la flor del loto al pensar en aquellas otras, y, sin embargo, desalentado me lanzaba en la confusión de la danza, prometiéndome un gran ramillete de flores á mí mismo tan pronto como el baile cesase; no temía en aquel momento ni á Agmahd ni á su disgusto, aun cuando fuera suyo aquel jardín. Luego, súbitamente, oí la explosión de un centenar de alegres voces infantiles.

—¡Él ha ganado! ¡Él ha ganado!

Era un esfera, un esfera de oro, y ligera, tan ligera, que podía lanzarla alta, muy alta; y, sin embargo, volvía siempre á mis manos levantadas. La había encontrado á mis pies, cuando oí gritar á los otros, é inmediatamente conocí que la esfera era mía. Vi entonces que nadie había junto á mí más que la niña que me había arrebatado mi flor del loto. Esta no figuraba entonces en su traje y yo la había olvidado ya. Pero ella sonreía, y me reí yo también al verla á ella. La arrojé la esfera, y ella me la devolvió desde un extremo al otro del jardín.

De repente vibró en el aire sonora y distintamente una campana.—Ven —dijo ella,—es la hora de la escuela, ven.—Cogió mi mano y arrojó la bola. Contemplé á esta última con sentimiento.

—Era mía—dije yo.

—Ahora no sirve de nada—contestóme.—Tienes que ganar otro premio.

Corrimos cogidos de la mano; atravesamos otro jardín y entramos en una gran sala que no había visto antes. Los niños, con los que había jugado, estaban allí con otros muchos. El aire era denso y suave en aquella habitación. No estaba fatigado, pues acababa de levantarme de mi largo sueño y la mañana era todavía fresca; pero al entrar allí me sentí fatigado y mi cabeza ardía.

Muy pronto me dormí, oyendo en torno mío las voces de los niños. Cuando desperté fué para oir un estallido de voces, como el que oí en el jardín: «¡Él lo ha ganado! ¡Él lo ha ganado!»

Me encontraba sobre una especie de trono, un solio elevado de mármol. Y podía oir á mi propia voz que vibraba en el aire. Yo había estado hablando. Los niños permanecían en torno mío; pero estaban apiñados encima y alrededor del solio de mármol. Recordé que la niña que allí me había conducido había dicho que el maestro estaba en su trono. ¿Por qué, pues, nosotros, los niños, estábamos allí? Miré, yví que la sala estaba llena de sacerdotes. Ellos ocupaban el lugar de los discípulos. Permanecían en silencio, inmóviles. De nuevo oí gritar á los niños: «¡Él lo ganado! ¡Él lo ha ganado!» Me arrojé del trono presa de súbito frenesí, sin saber por qué. Miré al encontrarme en el pavimento, y ví que los niños se habían marchado. No pude ver ninguno, más que á la niña que allí me había conducido. Estaba de pie en el trono, se reía y palmoteaba con alegría. Extrañóme cuál podría ser la causa de su placer, y mirando á mi alrededor, me ví rodeado por un círculo de sacerdotes, vestidos de blanco, que se habían prosternado hasta tocar con sus cabezas en el suelo. ¿Qué significaba aquello? No podía conjeturarlo, y permanecía lleno de terror, cuando súbitamente exclamó la niña, como contestando á mi pensamiento: «¡Ellos te adoran!»

La admiración que sus palabras me produjeron no fué tan grande como mi asombro por otro concepto, pues comprendí que sólo yo oía su voz.

CAPÍTULO VIII

Fuí conducido de nuevo á mi propio aposento, y allí los sacerdotes jóvenes me llevaron comida. Estaba hambriento, pues no me había desayunado, y encontré lo que comí exquisito. Los sacerdotes jóvenes que me lo trajeron, al presentármelo, doblaron una rodilla; les contemplé admirado sin poder conjeturar por qué se conducían de aquel modo. Muchos de ellos vinieron con frutos, jarabes exquisitos y delicadas golosinas, tales como jamás había visto, y también con flores. Trajeron grandes ramos de flores, que colocaron cerca de mí, y apoyaron en los muros ramas cubiertas de capullos. Dí un grito de placer al ver todo esto, y al gritar ví á Agmahd de pie, cubierto por la sombra de la cortina. Sus ojos estaban fijos en mí, fríos, faltos de toda sonrisa. Sin embargo, no le temí entonces; yo rebosaba de un nuevo espíritu de placer, que me convertía en intrépido. Fuí de flor en flor besándolas á todas. Su poderoso perfume llenaba la habitación. Estaba alegre y orgulloso, pues me sentía como si ya no debiese temer más á aquel frío sacerdote, que permanecía inmóvil á manera de estatua de mármol. Este sentimiento de intrepidez libró á mi alma infantil de la agonía que sobre ella pesaba.

Se volvió y desapareció; pero cuando pasaba bajo la cortina, ví la niña á mi lado.

—Mira—dijo ella;—yo te he traído estas flores.

—¡Tú!—exclamé yo.

—Sí, les he dicho que tú adorabas las flores. Y éstas son suaves y lozanas; crecen en la tierra. ¿Estás cansado, ó quieres que salgamos á jugar? ¿No sabes que el jardín es nuestro y que allí está la pelota? Alguien la ha devuelto para ti.

—Dime—dije yo,—¿por qué se han arrodillado hoy los sacerdotes ante mí?

—¿No lo sabes?—dijo ella mirándome con curiosidad.—Es porque tú les has enseñado hoy desde el trono, y has dicho sabias palabras que ellos comprendieron y que nosotros no entendimos. Pero vimos que habías ganado un gran premio. Tú ganarás todos los premios.

Me senté en mi lecho con la cabeza entre mis manos, y la miré asombrado.

—¿Pero cómo puedo yo hacerlo y no darme cuenta de ello?—pregunté.

—Tú serás grande mientras no te resistas; aunque no lo sepas, tú ganarás todos los premios. Si te mantienes tranquilo y alegre, serás adorado por todos estos sacerdotes, aun por los más altos.

Durante un momento la admiración enmudeció mi lengua, y después dije:

—Tú eres muy pequeña. ¿Cómo puedes saber todo esto?

—Las flores me lo han dicho—dijo ella echándose á reir.

—Ellas son tus amigas. Pero todo es verdad. Ahora ven á jugar conmigo.

—Todavía no—dije. Y á la verdad, sentí que mi cabeza ardía y me pepesaba, y mi corazón estaba lleno de maravilla. Yo no podía comprender sus palabras.

—Es imposible que yo haya enseñado desde el trono – exclamé.

—¡Sí tal! y los sumos sacerdotes ante ti inclinaban sus temibles rostros. Porque tú les decías la manera de verificar cierta ceremonia extraña durante la cual tú permanecerás en el centro.

—¡Yo!

—Sí, y les has dicho cómo debe ser tu traje y cómo tienen que prepararlo y las palabras que deben pronunciar cuando te lo pongan.

—¿Puedes decirme algo más?—exclamé en cuanto cesó de hablar.

—Tienes que vivir entre flores que se alimentan de la tierra y bailar frecuentemente con los niños. ¡Oh, había muchas cosas allí! Pero respecto de la ceremonia no puedo recordar nada. Pero pronto lo verás tú mismo, pues tiene que ser esta noche.

Lancéme fuera del lecho presa de loco terror.

—No temas—dijo ella riendo,—pues yo estaré contigo. Esto me tiene contenta, pues pertenezco al templo, y sin embargo, jamás he sido admitida á una de las ceremonias sagradas.

—Tú perteneces al templo, pero ellos no pueden oir tu voz.

—Algunas veces no pueden verme—dijo ella riendo;—tan sólo Agmahd puede verme siempre, porque soy suya. Pero no puedo hablarle. Tú me gustas porque puedo hablar contigo. Ven, vámonos á jugar. Las flores del jardín son tan delicadas como éstas y la pelota está allí. Ven.

Cogióme la mano y me arrastró rapidamente. No opuse resistencia, hondamente sumido como me encontraba en mis pensamientos. Pero al exterior era el aire tan vivificante, tan suave, las flores tan espléndidas y el sol tan cálido, que pronto, en medio de mi felicidad, olvidé mis pensamientos.

(Se continuará.)



LLAMADA DE LOS BUDDHISTAS Á TODAS LAS IGLESIAS

En nuestro número de Marzo último, en la sección de «Recortes», reprodujimos sin comentarios la noticia que, referente á este particular, había recorrido la prensa liberal española, y hoy tenemos el gusto de dar á nuestros lectores una relación más completa del documento en cuestión, cuya indiscutible importancia sabrán apreciar todos los amantes del progreso religioso.

He aquí lo que publica el *Manchester Guardian* del 21 de Enero último, y que tomamos de *The Teosophical Review* de Marzo:

Los Representantes de la Gran Unión Buddhista Japonesa, en su Centro General, en el Templo Kenninji de Kyoto, Imperio del Japón, se reunieron el 11 de Octubre último y redactaron una circular, relacionada con el conflicto chino, dirigida á todos los eclesiásticos del mundo, y una copia de la cual acaba de recibirse en Londres. Los firmantes, después de referirse á las múltiples religiones que existen, arguyen que los principios fundamentales son esencialmente los mismos para todas, por cuanto se basan en el amor universal. La circular prosigue diciendo:

«Una mirada retrospectiva en la historia demuestra que eclesiásticos reverendos de todas las naciones, especialmente misioneros de las diversas Iglesias Cristianas, se embarcaron para China, á pesar de la gran distancia, y se establecieron allí unos después de otros, desde hace más de mil años, desde los tiempos de la dinastía Tang; y á pesar de las más grandes dificultades, dedicaron todas sus energías, como un solo corazón, á la propagación de sus doctrinas, al mismo tiempo que al desarrollo de la civilización china.»

La circular celebra mucho luego á los misioneros, por la obra que han llevado á cabo en lo que se refiere al establecimiento de escuelas, bibliotecas, hospitales, asilos, etcétera. Sin embargo, se hace observar que los chinos, contra lo que era de esperar, no han sabido apreciar tantos dones, y han destruído iglesias, perseguido á sus ministros y tomado las vidas y haciendas de los cristianos. Este hecho sorprende á los Buddhistas, cuando consideran el carácter generalmente dulce y amable de los chinos, y que originalmente nunca fueron hostiles á los extranjeros. Y tratando, luego, de investigar las causas de este cambio radical, dicen:

«Los chinos se han apercibido que estos misioneros han asegurado para sí una inmunidad muy propia para subvertir las costumbres y maneras del país. También han reconocido en su actitud la tendencia á pasar por alto las leyes del país y un deseo de alcanzar los fines más egoístas por medio de la opresión del gobierno y pueblo chinos. También han supuesto, además, que los evangelistas extranjeros en China se han apropiado el poder de proteger á sus secuaces con absoluto desprecio de la criminalidad de los convertidos que se hallaban bajo las leyes del Estado. . . En tales circunstancias habían llegado á la conclusión que los misioneros habían estado dedicando sus energías á satisfacer ciertas culpables ambiciones, agitando á la ínfima plebe del país, y con este objeto habían convertido sus capillas y templos en una especie de asilos de criminales. Los chinos, en una palabra, principiaron á creer que los misioneros estaban íntimamente relacionados con la política de sus propios países, y que habiéndose convertido en instrumentos para llevar á efecto las intrigas de sus respectivos gobiernos, han debido trabajar con designios siniestros, tales como la extensión de territorio, juntamente con el desarrollo del comercio.

Veían, con grandes recelos de las maquinaciones extranjeras, que primeramente venían los misioneros á quienes luego seguían los Cónsules, con Generales á sus espaldas; y han temido que tras del hombre que había venido con una Biblia en la mano, se encontraba un guerrero armado con lanza y espada.»

Los firmantes creían que á este sentimiento se debía la formación de las sociedades boxers y el alzamiento de la primavera anterior. Al paso que no disculpan á los boxers ni á otros insurrectos, preguntan si á los mismos misioneros puede considerárseles como completamente libres de responsabilidad. «En cuanto á nosotros — dicen — nos inclinamos á creer que los juicios erróneos en que han incurrido los chinos, son, bajo muchos aspectos, atribuibles á la conducta de los misioneros en China; y la justicia de este aserto puede demostrarse tomando en consideración las declaraciones de los funcionarios, directamente relacionados con la política exterior de sus propios países, los informes pú-

blicos de los Ministros extranjeros en la Corte de China, las informaciones dadas por los periódicos más acreditados del mundo, unida á los anales existentes del Imperio Chino y su actual situación.»

«Siendo tales los hechos, nosotros, los Buddhistas del Japón, no podemos menos de expresar nuestro deseo de que todos los eclesiásticos del mundo, unidos á nosotros, reconozcan este estado de cosas y dediquen sus energías á formular un plan que haga prontamente desaparecer las sospechas y recelos que abrigan los chinos contra los misioneros extranjeros.»

Las Iglesias Occidentales tienen la palabra.



«LA FUENTE DE LA VIDA»

DEL GRAN FILÓSOFO HEBREO-HISPANO DEL SIGLO XII INB-GEBIROL

Nota bibliográfica.

Se ha publicado recientemente la traducción española de una obra célebre en la historia de la filosofía. Nos referimos á la *Fon vitae* ó *Fuente de la Vida,* del filósofo hebreo — nacido en Málaga en 1021 — *Selomoh ben Gebirol ben Jeuhdah* (conocido vulgarmente por Avicebron, Avicebrol, Anencebron y otras variantes, todas ellas basadas en la mala pronunciación de su nombre INB-GEBIROL), cuya obra fué traducida en el siglo XII por *Juan Hispano* y *Domingo González* al latín del árabe, idioma en el que la escribiera el autor. Este, como todos los filósofos árabes ó hebreos de entonces, si bien conocía y escribía portentosamente su idioma hasta el punto de haberse hecho clásico su himno hebreo *Keter Malkhuth* (aun hoy cantado en las sinagogas alemanas), reservó su lengua para la literatura y la poesía, y la arábiga para la filosofía.

La obra de Ibn-Gebirol la publica precedida de un erudito prólogo el Sr. Castro, en la Biblioteca del editor Sr. Rodríguez Serra.

Poco hemos de decir nosotros en esta nota sobre una obra célebre en la historia de la filosofía universal, y de la que ya ha tratado la alta crítica. Con sólo recordar que toda la filosofía arábigo hispana ejerció influencia en la escolástica, y que las ideas de Gebirol fueron de las que más importancia tuvieron desde este punto de vista, toda vez que David de Dinaut partió de la teoría de la *materia universal* del filósofo hebreo; que Alberto el Magno y Santo Tomás de Aquino la estudiaron respetuosamente, aunque no admitiéndola, como puede suponerse; que Scoto llegó á entregarse á ella, y que halló asilo en la poderosa mente de Raimundo Lulio, con las ideas propias que él tenía, se comprenderá cuán extensamente no habrá sido estudiada, y lo poco que pudiérase hoy añadir.

Pero si importante es su estudio para todo aficionado á la filosofía, mucho más lo es para el lector teosofista, si se atiende á que á través de *La Fuente de la Vida* se encuentran, además de sus bellezas de forma, otras muchas de concepto, como son, en primer término, *todas las reminiscencias de la más hermosa filosofía neo-platónica,* por la cual está influída toda la obra. Puede

asegurarse que en el fondo es toda ella neo-platónica, pero con un neo-platonismo excelso y lleno de sabiduría. La estrecha relación que se encuentra á veces entre esta obra y las teorías cabalistas, hicieron sospechar á Meyer que el autor hebreo tuvo presente el sistema de la Kabbalah para la concepción de la obra. Pero no fué patrimonio de esta filosofía lo que de común con ella tiene Gebirol. Este sutilísimo pensador, en caso de que modificara sus naturales ideas, fué inclinándose más hacia Platón y Plotino que á otro lado. Lo prueba, entre otras cosas, la semejanza de sus teorías con las de estos dos filósofos, á los que cita además algunas veces.

Y para que el lector pueda juzgar por sí mismo del gran valor de la obra, he aquí algunos párrafos que entresacamos de ella:

«Discípulo. — Muéstrame de qué modo reciba esta substancia formada' ejemplo en su significación de los ausentes, para que por esto sea para mí raíz en que me apoye para la ciencia de los ausentes ocultos.

Maestro. — Puesto que nuestra intención fué el elevarnos desde el extremo ínfimo al sumo de los que son, y toda cosa que tiene ser en el extremo inferior es proviniente del extremo más elevado, cada cosa que encontramos en el extremo inferior la ponemos como regla para su asignación á los que están en el extremo superior, porque lo *inferior es ejemplo de lo más elevado*, puesto que los que vienen de otros son ejemplo de aquellos de que provienen; de donde, porque lo inferior desciende de lo superior, preciso es que lo superior sea ejemplo; y como sea lo que decimos, y encontremos el término conveniente de uno y otro extremo, será verdadera la ciencia de lo oculto por lo manifiesto; . . . .

Discípulo. — Ya se aclara para mí, con tu explicación, que lo uno compuesto y multiplicado, provino y salió de la duplicación del primer uno simple; *dime, pues, ¿cuál es la causa de la mutación del uno simple, de su simplicidad y espiritualidad á la composición y corporeidad?*

Maestro. — La causa de esto *es el alejamiento del origen de la unidad*, y la imposibilidad de la substancia para recibir una forma fuera de esta forma; ejemplo de esto es el antedicho del agua y del plomo que aquí encuentras sutil y lúcido, allí denso y obscuro, y lo mismo hay que decir de la materia que sostiene la forma, porque de ella, algo es espiritual y sutil, algo corporal y denso.

Discípulo. — Habiendo dicho que la forma de la substancia, esto es, la cantidad, está compuesta de muchos unos, ¿podríamos decir también *que las formas de las substancias simples están compuestas también de muchos unos?*

Maestro. — Toda forma de las formas de las substancias simples es una que no admite división, y en general, ningún uno admite división; ¿cómo admitirá división siendo una cosa y no habiendo sido lo uno en cantidad, sino por la substancia que es sujeto de ella? ¿No ves que todos los unos en que se divide la cantidad se reunen en la forma de uno, y no se diversifican sino en el sujeto de ellos? Y el significado de esto es, que lo uno lleva la materia á ser y se unen en ella, y es lo que la retiene, por lo que, cuando la materia fuere sutil, simple, muy apartada de la discordia y de la separación, lo uno se apareará y se unirá con ella, y una y otra se harán una cosa de hecho indivisible; pero cuando la materia fuere densa, débil, lo uno no le es adecuable, sino que se debilitará al unirse con ella y al juntarse á su esencia, por lo que entonces se separa la materia y no es retenida por lo uno, sino que discordan, y así lo uno es multiplicado y dividido. . . . .

(Tratado II. De la substancia que sostiene la corporeidad del mundo.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.